

Txabi Etxebarrieta

Y EL 68 VASCO



Txabi Etxebarrieta y el 68 vasco



PRIMERA EDICIÓN

Donostia, junio de 2018

Iratzar Fundazioa

Zuatzu Enpresa parkea
Zuhatsu kalea, Easo Eraikina, 4 behea.
20018 Donostia (Euskal Herria)
fundazioa@iratzar.net
www.iratzar.eus

Textos de esta edición: Andoni Olariaga e Iñaki Egaña

Traducciones: José Morales

Diseño: Unai Bergara Monasterio

Maquetación: Aitziber Ruiz Álvarez

Impresión: Gertu Inprimategia (Oñati)

Depósito legal: SS-528-2018



Punto de partida de un ciclo histórico

SURGIMIENTO DE LA INSURRECCIÓN VASCA

Jorge Oteiza erigió la escultura de los 14 apóstoles en la basílica del Santuario de Arantzazu (Oñati, Gipuzkoa). Encima de la escultura se puede observar una figura conocida como La Piedad, que representa al hijo muerto a los pies de la madre y que en esencia constituye un homenaje a Txabi Etxebarrieta. Así lo dejó escrito el propio Oteiza: “7 de Junio, sacrificado en Benta-Aundi, el primero de nuestra Resistencia última, cuando subo el 1 de noviembre ya he decidido que pondré en lo alto del Muro. El Hijo muerto, a los pies de la madre, que estará mirando, clamando al cielo, hablando, no sé...» (Xamardo, San Pedro, 2008). Para Oteiza, el arte produce verdades, y las verdades inauguran un tiempo histórico, es decir, crean una nueva periodización. Mediante el acontecimiento fundacional del cristianismo (vida, pasión, sacrificio, muerte y resurrección de Cristo), Oteiza representa uno de los acontecimientos políticos fundacionales de la nueva política de Euskal Herria: el nacimiento de ETA, a través de la figura de Etxebarrieta.

En este cuaderno, además de la biografía de Etxebarrieta, se analizan también las aportaciones intelectuales y humanas de colectivos y personas de su generación, subrayando la figura de Etxebarrieta pero sin olvidar que hablamos de aportaciones colectivas.

Aunque solo vivió 23 años, Etxebarrieta ha tenido una importancia trascendental en nuestra historia. A pesar de su juventud, fue una figura de enorme peso en la organización Euskadi Ta Askatasuna, pero, además de ello, dejó escritos varios poemas (principalmente amorosos) y en Sarriko escribió algunos ensayos breves que, entre otras cosas, muestran rasgos de existencialismo. Además de leer y escribir poesía, en las tertulias que solían desarrollarse en los cafés de Bilbo compartió debates con Jorge Oteiza y Blas de Otero, entre otros, en pleno centro del renacimiento cultural de la época. Pero aquí no vamos a extendernos en su biografía, ya que Iñaki Egaña la aborda más detalladamente en el siguiente apartado.

CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO Y CULTURAL DE LA DÉCADA DE LOS 60

La denominada generación del 68 (que abarca las décadas de 1950 y 1960) marcará el imaginario que forjará a la izquierda revolucionaria mundial en las décadas posteriores. Aquella generación superará el vacío y el pesimismo que la postguerra de Hiroshima, Auschwitz o Gernika dejó en toda Europa. Es necesario recordar que en Euskal Herria el periodo comprendido entre 1936 y 1956 estuvo marcado por un enorme vacío en la cultura y la política vascas. El renacimiento político-cultural se iniciará fundamentalmente en la década de los 60. Previamente, en la década de los 50, se producirán fenómenos de gran trascendencia a nivel mundial. En primer lugar, la guerra de Vietnam. Posteriormente, desde 1954 hasta 1962, la guerra de independencia de Argelia contra la colonización francesa. Y luego, sucesivamente, las independencias africanas, el Congo Belga, el levantamiento del Magreb, y lo que en Latinoamérica y Cuba se ha denominado la década guerrillera... Los movimientos anticoloniales de liberación del Tercer Mundo tuvieron mucha influencia en Euskal Herria, especialmente los de Túnez, Argelia y Cuba. Y también los cordones industriales chilenos, de influencia marxista, durante el gobierno de Salvador Allende.

En definitiva, en Euskal Herria está surgiendo una nueva izquierda, y Benito del Valle, Txillardegi, Krutwig, Madariaga, José Antonio Etxebarrieta (hermano de Txabi), el propio Txabi y otros se afanan en buscar un modelo propio para la realidad de Euskal Herria. Por una parte están la realidad y toda la literatura dejada por la Unión Soviética (Lenin, Stalin...), la revolución china (Mao), la lucha anticolonial del FLN argelino (Fanon), el vietnamita Ho Chi Minh, el IRA irlandés, la Brigadas Rojas (que nacieron en Italia en 1969)... Por otra parte, también tienen gran importancia el Mayo del 68 francés y la primavera de Praga, que Iñaki Egaña menciona en el siguiente apartado. Y, entre todo ello, numerosas referencias intelectuales: André Gorz, Camus, Sartre, Che Guevara... Todo ello supone un soplo de aire fresco en un país impregnado por el catolicismo español.

Txabi Etxebarrieta nace en ese mundo, en el mundo de una nueva ilusión. Sin embargo, esa nueva ilusión es consciente de que la lucha será larga, tal y como el propio Txabi se encarga de subrayar: “El que crea que podemos ganar en cinco años, ya puede irse a casa; nosotros estamos luchando a diez o veinte años vista.” Optimismo e ilusión, por tanto, pero ligados a una visión estratégica a largo plazo. Itziar Aizpurua, que sería juzgada en el Proceso de Burgos, definió aquella época como primavera cultural (Punto y Hora, 1988). En términos generales, la insurrección vasca del 68 fue un amplio

y extenso fenómeno social en el que estuvieron implicados numerosos actores políticos y sociales. Además de ello, la ola de mayo del 68 también cuestionó en cierta medida la vida tradicional y patriarcal, y esos elementos se incorporaron ya desde el principio al proyecto contrahegemónico vasco.

Todo ello ocurre en pleno franquismo, factor determinante del contexto de aquella década. En 1964 se celebraron los 25 años de paz. En pleno franquismo, los periódicos franquistas Diario Vasco y El Correo Español no hablaban de otra cosa que de paz. Al igual que ahora, en el franquismo nadie iba a la cárcel por sus ideas políticas, sino por quebrantar la ley. En ese contexto, a Euskal Herria se le plantea una pregunta o necesidad: si Euskal Herria quiere ser libre, ¿la violencia es o no es necesaria? En su libro Oraingo gazte eroak, Azurmendi recuerda un pasaje de Unamuno tomado de Paz en la Guerra y que, en referencia al carlismo, dice lo siguiente: “no tendría razón mientras no venciese”. Mirande ya había hecho la crítica anteriormente, afirmando que si el pueblo vasco quería la libertad debería abandonar el cristianismo y el pacifismo... En la obra de Camus, por poner un ejemplo, se encontraban ideas que no se podían debatir en casa o en la calle: crítica del franquismo, crítica de la democracia, reivindicación de la violencia... En suma, un espíritu fresco y crítico.

LA V ASAMBLEA DE ETA

Tras varias asambleas, llegará un acontecimiento que marcará y condicionará las décadas posteriores: la V Asamblea de Euskadi Ta Askatasuna. La V Asamblea es un punto de corte, el inicio de un nuevo paradigma. Se puede considerar como el principal acontecimiento político del nacionalismo de la postguerra, y su repercusión histórica ha sido mayor que la del Congreso del PNV de 1977. El papel de Txabi será central en esa asamblea, dividida en dos partes y presididas ambas por él. En la primera parte, celebrada en Gaztelu en 1966, Txabi leyó un informe redactado por su hermano mayor (el llamado Informe Txatarra, cuyo título oficial era Análisis y crítica del españolismo social-chauvinista y que hoy en día se da por perdido) en el que se criticaban las posiciones estatistas de la Oficina Política y su alejamiento de los planteamientos nacionalistas. Abogaba por conformar en Euskal Herria un frente de clase propio, en lugar de entrar a formar parte del frente de la clase obrera española. En la segunda parte de la V Asamblea (marzo de 1967), Txabi participará activamente en la elaboración de la de-

finición ideológica de la organización. En aquella segunda reunión, que se convertiría en la asamblea más importante de la organización, se formulará un nacionalismo revolucionario que llevará a la fundación del movimiento de liberación nacional vasco.

A partir de la V Asamblea, Etxebarrieta se encargará de las relaciones con el movimiento obrero, pasando a la clandestinidad aquel mismo año. Posteriormente pasará a ser responsable de Gipuzkoa junto con Itziar Aizpurua, Jokin Gorostidi, Mario Onaindia, Sarasketa Irasuegi y otros. Y ese mismo año morirá a manos de la Guardia Civil en un tiroteo acaecido cuando viajaba en coche en compañía de Sarasketa. Su muerte produjo una enorme convulsión en Euskal Herria.

INDEPENDENCIA Y SOCIALISMO, LAS DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA

En aquella V Asamblea se conformará la visión del mundo que ha guiado nuestra lucha hasta el día de hoy. En cierto modo, la revolución será una fórmula mágica, el objetivo de la revolución será la libertad del pueblo vasco, el sujeto la clase trabajadora vasca, y el instrumento o herramienta el socialismo marxista. Mediante la lucha por la independencia, la lucha de Euskal Herria, dirigida por la clase trabajadora y estudiantil, se convierte en lucha universal contra el capitalismo.

Todo ello dará inicio a un ciclo de lucha en Euskal Herria. A partir de la V Asamblea la independencia y el socialismo se convertirán en uno de los principales ejes ideológicos y síntesis del Movimiento de Liberación Nacional Vasco. Hacia finales de aquella década, Etxebarrieta y ETA se enfrentarán al problema de cómo superar la disociación entre problema nacional y problema social. Haciendo un rápido repaso, en la literatura marxista de los siglos XIX y XX el nacionalismo aparece separado del patriotismo, y es rechazado por considerarlo una ideología burguesa, subrayando que se trata de un invento de la burguesía para defender sus intereses de clase. Sin embargo, Marx y Engels vincularon el problema nacional con la lucha de clases. En ese sentido, Friedrich Engels decía lo siguiente:

Todo campesino y trabajador polaco, que de la apatía despierta a la participación en asuntos de interés común, en primer lugar tropieza con el hecho de la opresión nacional. En todas partes choca siempre

con ella como primer obstáculo en su camino. Eliminarla es la condición básica previa para todo desarrollo sano y libre. (Azurmendi, 1979: 67)

En Euskal Herria, el marxismo estatal rechazará el nacionalismo, considerándolo burgués y sin plantearse que la lucha nacional forma parte de la lucha obrera. El socialismo español tomará cuerpo en las postrimerías del siglo XIX. Liderado por Indalecio Prieto, su desprecio por el euskara y el pueblo vasco quedará patente en la revista *La lucha de clases*, creada en 1894: “Hablar de una patria chica y querer conservar una lengua regional cuando todo tiende a universalizarse es una de las mayores locuras.”

Desde un principio, Unamuno, Prieto y otros ignoraron todo lo que la literatura socialista europea había escrito sobre el problema de las naciones. Otto Bauer, Renner, los socialistas checos, los debates de 1910 en el Congreso de la Internacional en Copenhague, los escritos de Lenin y Stalin..., todos ellos abogaban por que la clase obrera apoyase las luchas nacionales en un sentido revolucionario. Algunos años antes de la llegada de la transición postfranquista, en el Congreso de Suresnes (1974), el PSOE hará una defensa teórica del derecho de autodeterminación. Sin embargo, su posición fue totalmente pasiva y años después lo desterraría de su ideario. Por eso criticaba Dolores Ibarruri que el partido socialista no había entendido el problema nacional. Etxebarrieta, por su parte, criticó de la siguiente manera esas posiciones: “Son muchos quienes piensan que el ser nacionalista es reaccionario; que no se puede ser, a un mismo tiempo, nacionalista e internacionalista. Muchas veces no nos damos cuenta que hay dos tipos de nacionalismo: el de los poderosos y el de los oprimidos. Salta a la vista que el nuestro está con los segundos.” (Valencia: 2011. 37)

En aquellos años, a la par que el PSOE se iba creando y consolidando, el nacionalismo vasco adquirió cuerpo político en el siglo XX. El nacionalismo surgido con Sabino Arana y del que más tarde nacería el Partido Nacionalista Vasco (1895) rechazará de plano ese socialismo, en primer lugar por ser foráneo y en segundo lugar por ser español. De hecho, ese socialismo mostrará un enorme desprecio hacia el problema vasco. Así pues, el socialismo internacionalista y el nacionalismo vasco aparecerán de manera simultánea en un mismo país y en una misma época, produciéndose un gran choque entre ellos. El socialismo es contrario al catolicismo, principal sentimiento vasco de aquella época. Sabino Arana decía lo siguiente: “Del socialismo, ¿qué vamos a hablar? Predicado por tres o cuatro maketos, hijos de un país que no ha conocido jamás ni libertad, ni igualdad, ni fraternidad, ni equilibrio económico, y siendo en

sí considerado un sistema radicalmente opuesto a nuestras antiguas y sabias leyes, no ha encontrado eco en Bizkaia... (Bizkaitarra, 27 de Abril de 1894)". Por lo tanto, ese antisocialismo también viene motivado por la fe cristiana.

Habrà que esperar algunos años para asistir, con el nacimiento de ANV en 1930, a la defensa, por primera vez en toda la historia del nacionalismo vasco, de un abertzalismo laico socialista. Teniendo en cuenta el precedente de ANV, Euskadi Ta Askatasuna será la primera en fusionar, allá por la década de los 60, la soberanía de los pueblos y el socialismo, superando tanto la ceguera españolista de los partidos socialistas y comunistas españoles como las posiciones liberales del PNV con respecto al conflicto social. De esa manera, en Euskal Herria la lucha de clases se convertirá en liberación nacional o, dicho de otra manera, la lucha nacional será una expresión de la lucha de clases.

EL PUEBLO TRABAJADOR VASCO COMO SUJETO DE CIUDADANÍA

A finales de la década de los 60, ETA sintetizó la lucha nacional y la lucha social (o anticolonial, en aquella época). Así, por ejemplo, en el artículo El socialismo vasco y el frente nacional, publicado en 1967 en el número 44 de Zutik bajo el seudónimo de Goiri, Etxebarrieta planteaba el problema de Euskal Herria como una combinación de ambos aspectos (nacional y social) (Lorenzo Espinosa, 1994: 248), y consideraba imprescindible "el trabajo común de la burguesía y el proletariado vasco para construir juntos la casa y, después de hecha la casa enfrentarse ambos en el problema social" (Lorenzo Espinosa, 1994: 108), añadiendo que ese frente nacional "sólo puede estar encaminado a la total liberación nacional, sin excluir pasos intermedios tácticos: concierto económico, autonomía, estatuto, federación, etc." (Lorenzo Espinosa, 1994: 108). Más adelante, en el prólogo que escribió para el libro de Jokin Apalategi *Los vascos, de la nación al estado* (1979), Argala profundizará en la teorización de ese punto.

Antes de llegar a esa síntesis, en la II Asamblea ETA se distancia de las tesis planteadas en Vasconia y se percata de la dualidad de la lucha nacional y la lucha de clases, extrapolando a Euskal Herria la teorización de Mao sobre la agresión japonesa de 1938. El debate en torno al binomio problema nacional y problema social adquiere centralidad en la IV Asamblea (1965). Y, finalmente, la fusión de ambos aspectos se materializa en la segunda parte de la V Asamblea (1967), bajo la dirección de Etxebarrieta.

Es unida a esa síntesis como puede entenderse la formulación del sujeto de ciudadanía: el Pueblo Trabajador Vasco. Puede considerarse como una formulación encaminada a materializar Euskal Herria y fijar el colectivo nacional. En cierto modo, dicha formulación quería responder a dos fenómenos de la época: superar el imaginario etnicista del nacionalismo tradicional y, reconociendo la ciudadanía a la oleada migratoria, considerar a las y los trabajadores que vivían en Euskal Herria como sujeto de la lucha nacional y social, independientemente de su origen. El origen de la formulación del Pueblo Trabajador Vasco puede encontrarse en la Carta abierta de ETA a los intelectuales vascos, escrita en 1965 y publicada en un número especial de Zutik.

Nosotros hemos estado y estaremos siempre con los trabajadores nacidos o no en Euskadi, trabajan por la implantación de una verdadera democracia en nuestro país. Ellos son la base de nuestra futura sociedad vasca. A ellos y a sus hijos, consideramos, desde luego, bastante más vascos que a esos capitalistas de largos apellidos euskaldunes, que se atreven a llamarse patriotas mientras no cesan de enriquecerse a costa de su propio pueblo (Lorenzo Espinosa, 1994: 58).

En esencia, lo que aquí hace ETA es una resignificación del concepto de la nación: el pueblo lo formamos nosotras y nosotros, la clase trabajadora, la gente sencilla. Por lo tanto, esa formulación proponía una ciudadanía más democrática que la del nacionalismo tradicional. La definición de la V Asamblea subrayaba las bases diferenciales objetivas de la condición vasca (la cultura y el idioma), incluyendo dentro de la ciudadanía vasca a todas las clases vascas no oligárquicas y mostrando dudas con respecto a la burguesía nacional. El proyecto liberador sería liderado por el proletariado vasco con la burguesía vasca como aliada. En 1966, la Oficina Política de ETA o ETA Berri (los felipes) concretará de manera expresa la definición que adquirirá fuerza en los años posteriores y hasta nuestros días, equiparando el Pueblo Trabajador Vasco con quienes viven y trabajan en Euskal Herria. Más adelante, en la segunda parte de la V Asamblea, ya en 1967, la definición del PTV incluirá a las clases populares oprimidas por la oligarquía. En toda esa mezcla de múltiples y diversas definiciones aparecen una y otra vez entremezcladas la concepción de ciudadanía, las bases objetivas de la nacionalidad (la cultura y el idioma) y el sujeto de la estrategia (liderado por el proletariado vasco). Puede decirse que el sujeto de ciudadanía, radical y democrático, ha sido la acepción de PTV que con el paso de los años se ha impuesto en el seno de la izquierda abertzale.

A partir de 1968, ETA empieza a hablar del Pueblo Trabajador Vasco como sujeto de la emancipación social y nacional, rompiendo así con el imaginario etnicista del nacionalismo tradicional. Según Zelik, entendida como concepción de ciudadanía no fue una formulación muy coherente: el industrial euskaldun dejaba de ser parte del PTV mientras el inmigrante de Burgos o del Sahara pasaba automáticamente a formar parte del PTV por el hecho de venir a Euskal Herria o trabajar aquí.

Fue efectivamente este truco teórico —que difícilmente pasaría un examen científico— el que permitió a la izquierda abertzale establecer un vínculo sólido entre luchas sociales y de clase y el desarrollo de un proyecto político en el que la defensa de la identidad cultural se mantuviera abierta para todos y todas. (Zelik, 2017: 34)

En primer lugar hay que recordar que esa formulación es más rica y no tan rígida como la presenta Zelik. En segundo lugar es preciso subrayar que ETA mostró una extraordinaria habilidad estratégica haciendo esa formulación en aquel contexto, pues fue una invención estratégica decisiva que se convertiría en el pilar de un movimiento histórico, es decir, una lectura compartida que sostendría una actividad permanente. Esa formulación, además de asociar la lucha de clases y la lucha nacional, reconocía la ciudadanía a todas y todos los ciudadanos, priorizando el componente democrático por encima de cualquier otro: todos los derechos para todas las personas, en la medida en que son ciudadanas.

ESTRATEGIA ACCIÓN-REPRESIÓN

Junto con la hipótesis estratégica y el sujeto de ciudadanía, en aquellos años también se concretó la estrategia acción-represión que posteriormente condicionaría la lucha de tantos años. Haciendo una torpe simplificación, tenemos que entender esos tres elementos como un todo: hay que obligar al Estado a moverse y a sentarse en una mesa, para lo cual en primer lugar tenemos que lograr la unidad abertzale para presentarnos como pueblo en esa mesa, y luego tendremos que negociar un estatuto de autonomía que recoja el derecho de autodeterminación, a ser posible priorizando unir los fragmentos separados, es decir, intentando conseguir un estatuto para los cuatro territorios. En definitiva, se proponía una estrategia concreta: una dinámica acción-repre-

sión que posibilitase una deslegitimación progresiva del estado, una movilización permanente, una toma de conciencia, etc. Txabi Etxebarrieta también escribió algo sobre eso. En un texto publicado por ETA para el Aberri Eguna de 1968, decía lo siguiente:

ETA ha desarrollado una serie de actividades en sus diferentes frentes de lucha ejerciendo la acción de la Organización y contra esa acción se ha alzado tal como esperábamos, la represión por parte del opresor. Esta represión, al verse incapaz de desarticular globalmente a la Organización se ha dirigido contra el pueblo, y ha encarcelado, interrogado y maltratado a personas totalmente ajenas a la Organización por simples sospechas de "ser de la ETA". Dicho en otras palabras que toda la represión, en vez de desarticularnos, nos ha abierto más puertas en el pueblo, porque éste se da cuenta de quién es el opresor y quién lucha por sus derechos (...) A nuestra acción el opresor ha contestado con una represión, y a dicha represión estamos contestando con nuevas acciones, esto es un proceso revolucionario en la práctica, en la realidad, que aumenta progresivamente la conciencia y la combatividad del pueblo. (Lorenzo Espinosa, 1994: 267)

En aquella época, además de crear nuevas sintetizaciones e ideas para los años posteriores, ETA proponía una estrategia concreta.

JEAN-PAUL SARTRE Y EL PROCESO DE BURGOS

Dos años más tarde, el 3 de diciembre de 1970, un tribunal formado por militares españoles juzgaba a dieciséis militantes vascos, a nueve de los cuales les impondría la pena de muerte. ETA había iniciado su lucha en la larga década de los 60, sin demasiado éxito, y para entonces ya había realizado sus primeras acciones armadas. El Proceso de Burgos sería uno de los acontecimientos que darían nuevo aliento a esa lucha. Entre otros delitos, a los militantes juzgados en el Proceso de Burgos se les imputaban las muertes del guardia civil José Pardines (primer muerto como consecuencia de una acción armada de ETA) y de Melitón Manzanos, conocido torturador y jefe de la Brigada de Investigación Social (la policía política), ambas en 1968.

Un año más tarde, en 1971, Gisèle Halimi publicará el libro *El proceso de Burgos*, en el que Sartre le dejará a Euskal Herria un prólogo inolvidable. El escritor

y pensador existencialista francés presentará la cuestión vasca y tres agentes políticos vascos: PNV, PC y ETA. En opinión de Sartre, “el PC considera Euskadi una simple denominación geográfica. Recibe las órdenes de Madrid, del PCE, sin tener en cuenta las realidades locales, de modo que sigue siendo centralista (entendemos socialmente progresista y políticamente conservador: trata de arrastrar a los trabajadores vascos a la lucha de clases “químicamente pura””, y “a la inversa, el PNV se equivoca al considerar la independencia un fin en sí mismo. Formemos primero una República vasca, dicen, y a continuación veremos si hay que hacer modificaciones a nuestra sociedad. Pero si se diera el caso improbable de que lograra constituir un Estado vasco de tipo burgués, es cierto que acabaría la sobreexplotación española, pero no haría falta mucho tiempo para que este Estado cayera bajo el dominio del capitalismo estadounidense”.

Sartre llegará a la siguiente conclusión: “La insuficiencia de estas dos respuestas (la del PC y la del PNV) demuestra que en el caso de Euskadi la independencia y el socialismo son las dos caras de una misma moneda. Así, la lucha por la independencia y la lucha por el socialismo solo deben ser una”. Como puede observarse, Sartre le otorgaba un gran valor a esa sintetización.

Siguiendo con Sartre, en su opinión, “al principio, antes incluso de haber adoptado una postura teórica, ETA toma nota de las dos tendencias que dividen al país: la reivindicación nacionalista y la revuelta obrera. Desde 1960 comprende en la práctica cotidiana que ambas luchas se deben asociar, aclarar la una a la otra y ser llevadas a cabo conjuntamente por las mismas organizaciones”. Entonces, siempre en opinión de Sartre, ETA dejaría a un lado tanto la derecha humanista como la izquierda universalista, proclamando que esta última ha olvidado la liberación nacional. Para Sartre, el socialismo de ETA será un socialismo de nuevo corte: descentralizado y concreto. De hecho, defenderá la universalidad concreta frente al centralismo abstracto de los opresores. Por lo tanto, en opinión de Sartre, con una clara conclusión internacionalista, lo que ETA nos revela “es la necesidad que tienen todos los hombres, aunque sean centralizadores, de reafirmar sus particularidades frente al universalismo abstracto: escuchar la voz de los vascos, de los bretones y los occitanos, y luchar a su lado para que puedan afirmar su singularidad concreta es, como consecuencia directa, luchar también nosotros, franceses, por la verdadera independencia de Francia, que es la primera víctima de su centralismo”.

NUEVAS GENERACIONES, NUEVAS METÁFORAS

Cada generación necesita sus propias luchas y metáforas, renovando las anteriores y creando otras nuevas. Así lo hizo la generación de Etxebarrieta. La hipótesis estratégica es el primer pilar que hay que actualizar. Etxebarrieta supo leer los principales debates de su época y hacer la sintetización más adecuada en aquel momento. Sin embargo, su época y la época actual son diferentes. Al igual que la formulación de las dos caras de una misma moneda aunaba dos carriles divergentes, hoy en día las reivindicaciones que plantean las diferentes luchas exigen convertir la moneda en poliedro, mediante una nueva formulación que, además de la independencia y el socialismo, incorpore otros elementos que interactuarían entre sí (el territorio, el cuidado, el cuerpo, la alimentación, la energía...). Al igual que se hizo en aquella época, el poliedro plantea la articulación de luchas, proponiendo articular lo que las diferentes luchas tienen en común.

Por otra parte, la formulación del Pueblo Trabajador Vasco buscaba responder a diferentes nudos. Hoy en día, de cara a los retos que deberemos afrontar en el camino hacia la República Vasca, la opción más revolucionaria puede ser el lema de todos los derechos para todas las personas como principio de ciudadanía, dejando a un lado los sujetos esencialistas o excluyentes contruidos a priori.

Hoy, al igual que en la década de los 60, se puede percibir una época de gran teoricismo y atomización. No podemos olvidar que los colectivos y personas que optaron por pasar de las teorías a la praxis resultaron decisivos en aquel combate contra el neoliberalismo y el franquismo. Además, aquella generación supo que el gesto revolucionario del momento no era repetir experiencias anteriores, sino construir nuevas hipótesis e intentar llevarlas a la práctica. Etxebarrieta puso su grano de arena en esa labor.

La generación de Txabi Etxebarrieta supo leer las claves y necesidades de su tiempo. Aquella época elaboró su sujeto colectivo, sus relatos y construcciones teóricas. En el siglo XXI, las generaciones actuales necesitamos crear metáforas y referencias propias que, con la mirada puesta en las necesidades y preguntas del presente, respondan a los retos de nuestro tiempo. Es el mejor homenaje que le podremos hacer a nuestro pasado.

Andoni Olariaga Azkarate

Filósofo y miembro de Iratzar Fundazioa

Bibliografía

Azurmendi, Joxe (1979) *“Nazionalismo internazionalismo Euskadin”*. Hordago. Donostia

Beltza (1976) *“El nacionalismo vasco 1876-1936”*. Editorial Txertoa.

Casanova, Iker & Asensio, Paul (1999) *“Argala”*. Txalaparta. Tafalla.

Goikoetxea, Jule (2017) *“Demokraziaren pribatizazioa. Kapitalismo Globala, Europa eta Euskal Lurraldeak”*. Elkar. Donostia.

Halimi, Gisèle (1972) *“El proceso de Burgos”*. Prólogo de Jean-Paul Sartre.

Lorenzo Espinosa, Jose María (1994) *“Txabi Etxebarrieta. Armado de palabra y obra”*. Txalaparta. Tafalla.

Lorenzo Espinosa, Jose María (1996) *“Txabi Etxebarrieta. Poesía y otros escritos”*. Txalaparta.

Odriozola, Onintza & Zabalo, Julen (2017) *“Eredu aldaketa euskal nazionalismoan? Demokrazia kontzeptuaren garrantzia”*. Jakin. Número 219.

Jesús Valencia. *“La ternura de los pueblos. Euskal Herria Internazionalista”*. Txalaparta. 2011

Xamardo, Nicolás & Jurgi San Pedro. *“Oteiza, ANV y Txabi Etxebarrieta: el arte y la política”*. Gara. 2008-12-08.

Zelik, Raul (2017) *“La izquierda abertzale acertó”*. Txalaparta. Tafalla.

Ansa-Goicoechea, Elixabete (2013). *“Un 68 en el país vasco”*. Prosopopeya. Revista de crítica contemporánea. Número 8. Pp. 123-154.

El legado político de Txabi Etxebarrieta

*“Solo tenemos que avergonzarnos de aquello
ante lo que hemos huido y de lo que hemos rehuído”*

Txabi Etxebarrieta

Simultáneamente al debate que ha llevado a ETA al cierre de su ciclo político y armado, se cumplen ahora 50 años de la desaparición de uno de los militantes más carismáticos de la organización vasca en la década de 1960. Que fue precisamente la de su nacimiento y consolidación, en una de las fases más nefastas del franquismo con relación al mantenimiento de su proyecto totalitario y uniformador.

Txabi Etxebarrieta, que murió tiroteado en un control de la Guardia Civil en el barrio tolosarra de Olarrain, un 7 de junio de 1968, fue el primer militante de ETA que falleció después de haber superado otro control en el que perdió la vida, en esa ocasión, un agente de la Benemérita. Txabi fue el primero que mató y murió. Unos meses antes, fallecía otro de los pioneros de ETA, José María Quesada, en una agonía de varios años como consecuencia de las torturas que le había infligido, entre otros, el comisario Melitón Manzanos.

Cuatro semanas después de la muerte de Txabi, ETA mató a Manzanos, en la que fue, asimismo, la primera muerte premeditada, diseñada por la dirección de la organización vasca que sería detenida un año después y juzgada en el mítico Proceso de Burgos de finales de 1970. ETA siempre apuntó que la muerte de Manzanos no había sido en venganza a la de Txabi, y que el operativo ya estaba en marcha anteriormente.

Fue en aquel magma en el que apareció por vez primera una generación de jóvenes que no había conocido la guerra, al margen de otra que asumía desde el exilio la derrota, frente a quienes aún hacían de su victoria militar en 1937 su seña cotidiana de identidad. Y aunque parezca un recurso forzado, lo cierto es que Txabi Etxebarrieta perteneció a esa segunda generación de militantes que se incorporaron a la organización, diez años después de que unos jóvenes estudiantes dieran con la palabra que marcaría el devenir de Euskal Herria en las décadas posteriores. ETA, Euskadi eta Askatasuna.

La sombra de Txabi Etxebarrieta, su legado y el contexto en el que se produjo la eclosión de un nuevo movimiento político en Euskal Herria, la izquierda abertzale, ha estado presente entre las diversas generaciones que hicieron de su compromiso por la liberación su seña de identidad. Txabi, como tantos otros a lo largo de la historia, ha sido uno de los iconos singulares en un escenario de compromiso colectivo.

Esa misma sombra que paradójicamente alumbró a la izquierda abertzale, se vio completada por su hermano José Antonio, también referencia en ETA y también fallecido prematuramente, en 1973, a consecuencia de una enfermedad degenerativa. Ambos, Txabi y José Antonio, serían piezas indispensables en ese corpus teórico que ETA diseñó en otro de los acontecimientos que marcarían su futuro, la V Asamblea, donde la organización saldría definida a través de dos objetivos irrenunciables, dos caras de una misma moneda, como entonces repetían los militantes: independencia y socialismo.

No sólo eso, sino que en aquel marco teórico, ETA se definió como un Movimiento Socialista Vasco de Liberación Nacional (MSVLN), el mismo que con el tiempo, ha sido conocido con las siglas MLNV (Movimiento de Liberación Nacional Vasco) pero de una manera más amplia. Herri Batasuna lo definió en 1988: “De una forma genérica y global, podría definirse al MLNV como la o las formas de expresión, la corriente social y política de amplios sectores del Pueblo Trabajador Vasco que persiguen, como objetivo final, la consecución de la Soberanía Nacional Plena para el conjunto de Euskal Herria”.

Es decir, tanto los antecesores de Txabi y José Antonio Etxebarrieta, aquellos que dieron lugar al nacimiento de ETA, junto a los que continuaron su senda, dieron cuerpo a un movimiento que hoy recoge el testigo de décadas de lucha y compromiso. Ese movimiento continúa con la vitalidad y las ansias de libertad que animaron a aquellos pioneros en la lucha de liberación de Euskal Herria.

BIOGRAFÍA

Txabi y José Antonio fueron compañeros de militancia. Cuando en 1968 murió Txabi, su hermano José Antonio se encargó de escribir unos párrafos sobre su vida, sin firma, que fueron publicados en Zutik, la revista de ETA: “Haber conocido a Xabi, aún para quien sólo lo ha hecho episódicamente, ha sido una suerte; haberle tratado íntimamente, es un privilegio que

a quienes lo hemos disfrutado jamás podrán quitarnos los años. Será muy difícil para muchos de nosotros tener el valor, todavía por largo tiempo, de ponernos a pensar en él, porque su ausencia es un vacío que, sin vergüenza, sólo podemos llorar. Ciertamente a pesar de sus aparentes pocos años Xabi era un líder y, lo que es más, era un líder simpático. No por cálculo o por querer hacerse agradable. Xabi era simpático porque era profunda, intensamente humano”.

Txabi nació en Bilbo el 14 de octubre de 1944, en el seno de una familia procedente de Ispaster y Lekeitio, por parte paterna, y del valle de Aiala en Araba, por parte materna. Era el tercero de cuatro hermanos y en su infancia atravesó una terrible bronquitis cuyas secuelas, con ataques periódicos de asma y fiebre, sufrió y condicionó toda su vida. Estudió en los Escolapios y en 1962 ingresó en la Facultad de Ciencias Económicas, licenciándose cinco años más tarde y especializándose en Informática.

Era un hombre enjuto, largilucho, de pelo castaño y una mirada seductora de color cobrizo, escondida bajo unas gafas de concha que en la época parecían estar de moda. Txabi las cambió en cuanto pudo. Tenía la nariz recta, una expresión risueña, probablemente por su juventud, y unas mejillas sonrosadas que contrastaban con el desaliño de su afeitado: “prefiero tener un hijo al año que afeitarme todos los días”, repetía por las mañanas.

Cuentan que cuando murió allá por junio de 1968, estaba leyendo poseía de Pablo Neruda. Era admirador de Dostoyevsky, escritor que había creado personajes atormentados, atrapados en situaciones imposibles. Sus entonces contemporáneos, como André Malraux y Jean-Paul Sartre, marcaron profundamente su elección: “La condición humana” del primero, “El existencialismo es humanismo”. Había dirigido también en la Facultad la representación de una obra de Henrik Ibsen, “El enemigo del pueblo” que, a pesar de ser escrita en 1883, Txabi la consideraba espejo de los tiempos. Su protagonista denunciaba que las aguas del balneario, principal fuente de ingresos del pueblo, estaban contaminadas, eran insalubres. Las fuerzas vivas del pueblo trataron de ocultarlo y el denunciante se quedó solo en su denuncia”

José Antonio Etxebarrieta había nacido el 3 de abril de 1940. Era, por tanto, cuatro años mayor que Txabi. José Antonio fue detenido por primera vez a los 18 años, después de una regada de octavillas en Begoña. Acusado de pertenecer a EGI, ingresó en la cárcel de Larrinaga, donde estuvo interno dos meses. Puesto en libertad se trasladó a París donde tuvo duros y agrios enfrentamientos con la dirección del PNV. A partir de ahí tomó contacto con ETA.

En el verano de 1963 cayó gravemente enfermo. Los médicos le diagnosticaron una mielitis de columna, una rara enfermedad provocada por la inflamación de la médula espinal. Durante tres años estuvo completamente paralizado, pasando grandes temporadas ingresado en un sanatorio, donde recibía frecuentes visitas de su hermano Txabi. José Antonio sobrellevaba su enfermedad leyendo a los clásicos marxistas, en especial a Lenin. En 1966 comenzó a andar con dificultad, ayudándose de muletas. En esa época preparó para la V Asamblea la ponencia denominada *Informe Txatarra*.

También, como militante de ETA, se encargó de la redacción de la publicación externa *Zutik*. Con motivo del Proceso de Burgos llevó la defensa de Xabier Izko, acusado de ser el autor material de la muerte de Melitón Manzanas. Sus compañeros, abogados como él, le llamaron Gacela, porque con pocas horas de antelación fue capaz de hacer una defensa brillantísima de Izko. En 48 horas redactó los 80 folios de alegaciones contra la acusación que pesaba sobre su defendido.

Posteriormente colaboraría con Gisèle Halimi en la elaboración del famoso libro sobre el proceso. En marzo de 1973, tuvo un repentino agravamiento de su enfermedad. A pesar de ello participó en la defensa de militantes vascos ante un Consejo de Guerra. El 3 de abril de 1973, el mismo día que cumplía treinta y tres años, falleció.

LA MUERTE DE TXABI

El 7 de junio de 1968 en el barrio de Olarrain (Tolosa), donde la carretera sigue hacia Bidania, Errexil y Azpeitia, o hacia el sur guipuzcoano, por Alegia, Itsasondo y Beasain, la Guardia Civil tenía montado un control de carretera donde estaban siendo registradas e identificadas unas 30 personas. Cuando Txabi Etxebarrieta, junto a Iñaki Sarasketa, fue descubierto, un agente le disparó a quemarropa dos tiros que le traspasaron el corazón. Txabi murió en el acto. Tenía apenas 23 años.

La escena, sin embargo, había tenido una primera parte aquella misma jornada. Esa misma mañana, Iñaki Sarasketa y Txabi Etxebarrieta circulaban desde Donostia en un coche robado, con matrícula falsa, a una cita que habían concertado en Beasain, en el monumento a San Martín de Loinaz, con Jokin Gorostidi, quien a su vez se desplazaba desde Eibar. El objeto del con-

tacto era que Gorostidi debía entregar a Txabi cierta cantidad de explosivo para ser utilizado en algunas acciones en Gipuzkoa.

Tanto Etxebarrieta como Gorostidi estaban trabajando como liberados de ETA y se movían en la más estricta clandestinidad. El primero, tras escapar en Derio de un tiroteo con la Policía en el que resultó detenido Jesús Mari Bilbao Barrena, *Balduino*, y el segundo también después de una fuga en el barrio tolosarra de Urkizu.

Al llegar a las cercanías de Aduna, siguiendo el trazado de la carretera general, había una desviación por obras en la carretera y, en el lugar, una pareja de la Guardia Civil motorizada que dirigía el tráfico. Etxebarrieta y Sarasqueta se dieron cuenta, poco después de pasar las obras, que uno de los guardias civiles les seguía con la moto pidiéndoles que se parasen. Estaban casi a la entrada de Billabona. El policía les pidió los papeles del vehículo y se dispuso a comprobar los números de la documentación con los del motor. Cuando dijo “esto no coincide” y se volvía contra los militantes de ETA, Txabi sacó una pistola y disparó sobre el agente José Pardines, que falleció en el acto.

Inmediatamente después, los dos miembros de ETA se dirigieron hasta Tolosa, al domicilio de un colaborador de la organización, donde pasaron unas horas. Ante la sospecha de que la casa estuviera “quemada”, abandonaron la vivienda para toparse con el control de Olarrain. Iñaki Sarasketa, que entonces tenía 19 años, logró escapar.

Al día siguiente Sarasketa, que había conseguido llegar hasta Errezil, fue detenido en la parroquia de la localidad guipuzcoana, tras un chivatazo del sacristán de la iglesia a la Guardia Civil. Ese mismo mes fue juzgado y condenado a la pena de muerte que le fue conmutada. En 1977 salió de prisión y fue deportado a Noruega. Falleció en agosto de 2017.

En marzo de 1978, diez años más tarde de los sucesos de Benta Haundi, ETAm dio muerte, también en Aduna, a uno de los guardias civiles que, según la organización armada, había participado en la emboscada que costó la vida a Txabi. Se trataba de José María Acedo Panizo. El agente estaba ya retirado y ejercía de jefe de seguridad en una empresa. Cuando sucedieron los hechos de 1968 era el comandante en jefe del puesto de la Guardia Civil de Andoain.

LAS RUPTURAS PREVIAS

El cambio ideológico que sufrió ETA, y sus militantes en particular, desde su nacimiento en 1958 hasta la mitad de la década de 1960, cuando se produzca la V Asamblea y con ella la primera disensión de alcance, la que dio lugar al Movimiento Comunista, de tendencia maoísta, fue espectacular. Fue, probablemente, el más acelerado en la historia de la organización armada.

ETA surgió como un grupo de estudio que aglutinó a estudiantes inquietos por conocer la historia de su país. La curiosidad llevó a la reivindicación de los símbolos proscritos, la ikurriña y el Zazpiak bat entre ellos, y la rehabilitación del euskara como eje de la identidad nacional.

Aunque veloz, no fue un proceso sencillo ya que tuvo que romper con una teoría que tenía ya más de medio siglo (sabiniana), avanzar en otra que hasta entonces parecía únicamente ser referencia de sectores estatales (socialismo y comunismo) y gestionar la combinación de ambas, prácticamente desde cero. Y para ello se valió de una corriente internacional, ligada a los procesos de descolonización, la de los frentes de liberación nacionales, en especial el más cercano, el FLN argelino que había salido triunfante de su guerra con la metrópoli, Francia. El arma que llevaba Txabi en el momento de su muerte provenía, precisamente, de la guerra de Argelia.

La teoría soberanista había tenido desde sus orígenes cuando la formularon los hermanos Arana al fin del siglo XIX, dos tendencias. Dos tendencias, por otro lado, que serían constantes en la historia del partido al que dio origen la iniciativa de Sabino Arana, el PNV.

La primera de ella se hacía fuerte en el concepto de independencia, tal y como lo había destacado Sabino Arana, que sufrió cárcel por su formulación. Esa tendencia provocó la fractura del Partido, y el surgimiento de nuevos líderes independentistas como Eli Gallastegi. La segunda tendencia fue la “posibilista”, autonomista, que tuvo su máxima expresión en los momentos en los que la represión del Estado español era más notoria. La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) fue una de ellas. Engracio Aranzadi, *Kizkitza*, fue la referencia de esta corriente.

Ambas tendencias volvieron al redil común en 1930, poco antes de que surgiera un nuevo partido vasco de izquierda, Acción Nacionalista Vasca (ANV) que intentó aunar en una única línea los objetivos de justicia social e independencia nacional. La teoría sabiniana del PNV completaba sus objetivos desde postulados tremendamente arcaicos, como la confesionalidad. A pesar de que apuntaba que había roto con el carlismo, hegemónico

en la vida política vasca durante el siglo XIX, aún bebía de muchas de sus fuentes.

En cuanto a las corrientes socialistas, la separación de dos comunidades (natural y migrante) que ya estaba inmersa en los discursos de Sabino Arana, conformaba una sociedad vasca dividida por el origen. Con excepciones, el discurso socialista se amparaba en la patria internacional de los obreros, según las teorías del marxismo reformado, que en la práctica chocaban con su apuesta inequívoca por una España única y unida.

Así, antes del nacimiento de ETA, y con la excepción de las alianzas producidas durante la guerra de España al elegir el PNV el bando republicano, ambas tendencias, abertzale y socialista, parecían irreconciliables. Fue notorio que la mayoría de los primeros militantes de ETA provenían de entornos abertzales, todos ellos también derrotados en la guerra. El ejercicio no fue, en consecuencia, fruto del encuentro entre dos comunidades, sino de la reflexión de una de ellas sobre la caracterización de la otra.

En este proceso, el contexto tuvo una validez extraordinaria. Las huelgas obreras de la década de 1960 marcaron de una manera radical el medio de los primeros militantes que vieron reflejados los viejos y nuevos debates políticos en su seno. Una generación de trabajadores que tampoco había conocido la guerra y que tenían otros líderes sindicales, diversos a los ya detenidos y exiliados de las huelgas generales de 1947 y 1951, reivindicaron la necesidad de recuperar salarios dignos en un medio inflacionista.

La necesidad de mano de obra y la conversión o el mantenimiento histórico de la España rural en términos de pobreza, provocaron asimismo una importante migración que se dirigió hacia los nuevos llamados polos de desarrollo, ubicados principalmente en Euskal Herria y en Catalunya. Hubo también una migración interna, especialmente de Nafarroa hacia Bizkaia y Gipuzkoa.

La conciencia obrera de clase, la migración, unidos al contexto internacional y al renacimiento cultural euskaldun, formaron un corpus determinado que provocó el nacimiento de ETA, y no al contrario. Sus militantes llegarían desde diversos sectores, especialmente el estudiantil en sus comienzos, como fue el caso de Txabi, pero también desde las fábricas, donde ETA también participó en el nacimiento de esas nuevas corrientes sindicales que darían origen a las primeras Comisiones Obreras, luego CCOO.

LA PRIMAVERA VASCA

En la década de 1960 la resistencia fue el origen de nuevos movimientos, expresiones no sólo políticas y sociales, sino también culturales. La defensa de la cultura vasca, de la lengua y de la razón de ser que sentaba la diferencia, se conformaron como elementos indispensables para mantener el presente y marcar respuestas de futuro.

Las claves por la supervivencia física en las cuales se habían movido los motores de la sociedad vasca, el excesivo alejamiento de las instituciones vascas en el exilio con respecto a la situación real en Hego Euskal Herria, así como la falta de un puente que sirviese de nexo entre generaciones, serían algunas de las causas por las que el renacimiento cultural vasco tendría unas características que lo harían genuinamente autónomo y novedoso.

El abertzalismo histórico creía poder mantener la cultura tradicional vasca con unas pocas directrices genéricas, pero luego la realidad, iba demostrando la inviabilidad de ese camino. El franquismo abarcaba toda la sociedad, no solamente se dejaba ver en sus expresiones más dolorosas (cárcel, tortura, miseria), sino que exportaba sus propios y cortos presupuestos imperiales a toda la sociedad hispanizada por decreto: el euskara prohibido, la ikurriña pisoteada, el txistu ridiculizado, la impresión fuera del latín y castellano abolida y la enseñanza fascista sacralizada. Como botón de muestra para rescatar el nivel de afirmación en que se encontraba el País Vasco, baste recordar la campaña de EGI de 1969 referente a que los jóvenes vistiesen con kaikus para forzar el levantamiento de su prohibición.

“Vamos a respirar, decía Jorge Oteiza, porque el alma vasca respira distinto”. Sin pueblo vasco, autor y protagonista de su historia, no hay un proyecto político. Y para que el sujeto activo tuviese conciencia vital de su trascendencia debía estar en posesión de las peculiaridades y señas de identidad que lo marcaban como tal. Sin euskara, sin territorio y sin una enseñanza propia no había proyecto vasco. Algo que, según ETA, el PNV parecía haber olvidado.

El PNV descalificaba por “comunistoides”, “violentos”, etc. a todo lo que se movía a su izquierda o, al menos, fuera de su control. ETA y su entorno, a su vez, analizaban al abertzalismo histórico como un ente anquilosado ideológicamente, dependiente en exceso de la política exterior norteamericana y seguidor a pies juntillas de una alianza antifranquista española. Pero también marcaban las diferencias estratégicas en el campo popular y cultural. La sociedad vasca no podía estar ligada al concepto de raza como

habían afirmado desde el PNV, esperando que este término, de por sí, fuese condición suficiente para mantener la conciencia nacional por los siglos de los siglos.

José Mari Benito del Valle, uno de los fundadores de ETA, lo definió en Branka: “Nuestro problema no consiste solamente en poder conseguir unas estructuras políticas más o menos diferentes de las de los pueblos que nos circundan. Una Euskalherria con un poder político propio es una meta imprescindible a alcanzar; sin embargo no bastaría con ello. Si este poder político estuviese al servicio de una lengua y una cultura extraña a nuestro país, podríamos decir con certeza que habríamos fracasado en nuestros esfuerzos. Euskadi no sería Euskalherria sino una región española. En este caso se podría decir con verdad que nuestra lucha es separatista, ya que tendría por fin el separar una región española del contexto del Estado español, con el único fin de seguir manteniendo la lengua, la cultura, la idiosincrasia española”.

En 1973, y a través de su revista *Hautsi*, ETA recalca la importancia de este campo desatendido, remarcando la trascendencia de la época: “Desde la victoria del fascismo franquista en la guerra de 1936-39, Euskadi es víctima de una opresión sistemática y extremadamente dura en todos los campos de la actividad social. En el dominio cultural e ideológico, la escuela ha sido utilizada como arma privilegiada para la difusión de la ideología fascista y la destrucción de todo elemento componente de la cultura vasca. Por ello el euskera, en tanto que rasgo fundamental de la personalidad del pueblo vasco, ha sido objeto de un odio particular”.

Siguiendo las experiencias de Catalunya y otros países con tradición reciente en la normalización lingüística, en 1963 dieron comienzo las reformas hacia la unificación del euskara literario, lo que significaba un paso importante en la recuperación y salvación del idioma. Sería en Baiona (1963) y Arantzazu (1968) donde Koldo Mitxelena presentaría las bases mínimas adecuadas para convertir el idioma en vehículo de cultura: el euskara batua.

La nueva Ley de Prensa, anunciada en 1966 por Manuel Fraga, entonces ministro de Información y Turismo, supuso la apertura de nuevas vías, aún muy estrechas, para la publicación en euskara. En Durango nacería la feria del libro vasco, Euskal Liburuaren Azoka, con la presencia, en 1966, de 680 títulos en euskara. Al final de la década, Euskal Herria iba a contar con varias publicaciones periódicas de importancia vital para la difusión del euskara: Zeruko Argia y Goiz Argi en Gipuzkoa, Príncipe de Viana en Nafarroa, Herria en Lapurdi y Anaitasuna en Bizkaia.

La nueva canción vasca o, lo que es lo mismo, el colectivo de cantantes agrupados en torno a Ez dok amairu, fueron parte de un área cultural que concebía la música y sus letras desde la perspectiva euskaldun. Xabier Lete, Lurdes Iriondo, los hermanos Artze, Mikel Laboa, Julen Lekuona y otros cantautores iban a recoger como en otros sectores esos intentos aislados que habían jalonado las crónicas históricas más recientes. Desde Ipar Euskal Herria, Etxamendi eta Larralde o Pantxo eta Peio, iban a reunir en el mismo sentido las mismas inquietudes.

Diez años después de las primeras ikastolas, en 1970, estudiaban en estas escuelas vascas 11.400 niños en edades comprendidas entre los tres y los nueve años. En 1972, el número se aproximaba a los 15.000, en una experiencia que ya no sólo abarcaba el territorio inicial guipuzcoano, sino que incluso traspasaba las fronteras naturales de Euskal Herria. A las tres ikastolas de Ipar Euskal Herria, a los cerca de ocho mil alumnos guipuzcoanos, tres mil quinientos vizcaínos y mil quinientos alaveses y navarros, habría que sumar las ikastolas abiertas en varios lugares (Caracas, el más reseñable) donde la diáspora vasca tenía una presencia notable.

La explosión creativa provocó también el surgimiento de nuevas iniciativas en el genérico campo del arte, como el Movimiento de la Escuela Vasca, articulado en base a cuatro grupos: Gaur de Gipuzkoa, Emen de Bizkaia, Orain de Araba y Danok de Nafarroa. Al principio se había pensado incluir un quinto grupo, Baitia, de Euskadi Norte, pero las dificultades en la formación hicieron abandonar el proyecto.

Las expresiones de los componentes de la Escuela serán similares, en la onda de las necesidades del mundo cultural vasco. El grupo Orain, de Gasteiz, se manifestaba en esta línea: “No queremos patrones de confección cosmopolita y pretendemos seguir integrados en nuestro pueblo, aspirando a lograr una cultura actual y una distribución más justa de los bienes culturales. Justicia que se hace ya de primera necesidad. El arte y la cultura son para todos. El arte y la cultura son para cada día”.

EL CONTEXTO INTERNACIONAL

La década de 1960, la de Txabi Etxebarrieta y su generación, estuvo marcada por acontecimientos extraordinarios, que pusieron en jaque la división del planeta de la era colonial. Ya el primero de enero de 1959 los barbudos,

triumfantes, entraban en las calles de La Habana entre salvas y reconocimientos. La revolución cubana tuvo una especial significación entre los hombres y mujeres de Euskal Herria hasta el punto que el “hombre más buscado” de la década, Mikel Etxebarria, que había huido herido de la emboscada de Bilbo en la que fue detenida parte de la dirección de ETA que luego sería juzgada en el Proceso de Burgos, se refugió en Cuba, con la ayuda de la Revolución.

Durante 1960 se producirían la mayor parte de las independencias de los nuevos estados africanos (subsaharianos), mientras que tanto el Estado francés como Portugal asistían a la descomposición parcial de sus imperios. En Túnez, Marruecos, Argelia y en Angola, las insurrecciones les llevaron a la independencia, con mayor o menor celeridad.

En la esfera internacional, ya la Carta de Naciones Unidas de 1948 aludía al Derecho a Rebelión, en su preámbulo. Un argumento histórico empleado por decenas de organizaciones insurgentes a lo largo del planeta. Años más tarde, el 14 de diciembre de 1960, la ONU había aprobado un documento que, si bien desde Euskal Herria pasaba desapercibido, (la prensa del Movimiento, única legalizada, lo pasó por alto) su simple tramitación ya significaba novedad en su concierto internacional.

Se trataba de la aprobación del derecho de autodeterminación como concepto universal. Sólo los gobiernos de Australia, Gran Bretaña, Bélgica, República Dominicana, España, Estados Unidos, Francia, Portugal y Suráfrica, es decir los estados tradicionalmente colonizadores y racistas, se abstuvieron en la votación que se efectuó en Naciones Unidas para aprobar la resolución.

Entre los conflictos descolonizadores, ETA dedicó especial atención al argelino. La referencia estaba muy cerca, y el enemigo metropolitano, además, era parte del contencioso vasco: París. Los contactos con la resistencia argelina y en particular con el Frente de Liberación, fueron piezas importantes en el surgimiento de la teoría revolucionaria. La teoría frentista de ETA, aunque de origen vietnamita, había sido también seguida por otros grupos guerrilleros, entre ellos el FLN argelino. Rescataba la vieja idea gramsciana de lograr la hegemonía en todos los frentes. Y según la reflexión, el armado, el político, el económico y el cultural eran los más relevantes.

El 20 de mayo de 1961 el Estado francés decretó durante un mes una tregua unilateral y la liberación de 6.000 presos políticos argelinos, para dar comienzo las negociaciones que desembocarían, un año después, en el re-

conocimiento de la soberanía de Argelia. En el pequeño pueblecito francés de Evian, a orillas del lago Lemán, y teniendo en frente las costas suizas de Lausanne, las dos delegaciones se encontraron en interminables conversaciones, en ocasiones rotas sangrientamente por la parte francesa, que supusieron, inicialmente, la excarcelación de cinco líderes de la revolución que se encontraban prisioneros en las cárceles francesas, para que asistiesen al diálogo. Lo que al principio parecía un fuego de artificio debido a las desconfianzas mutuas, al final se consolidó con el referéndum por la autodeterminación que el pueblo argelino votó mayoritariamente.

Ya en 1964, Eneko Irigarai y Julen Madariaga eligieron Argelia como destino, después de ser juzgados y expulsados del Estado francés. Madariaga huyó pronto del país africano, pero Irigarai se mantuvo en Argel hasta 1977, convirtiéndose en el enganche de la organización armada vasca y numerosos grupos guerrilleros del mundo que habían establecido su sede en la capital argelina. En 1977, casi dos centenares de militantes tanto de ETAm como de ETAp se entrenaron en campos argelinos.

En este medio de reconocimiento de la ONU a las nuevas naciones africanas, en esta apertura de negociaciones entre algunas metrópolis y sus ex colonias, ETA tomaba el testigo apagado de la resistencia, “que sigue en pie”, y anunciaba difusamente su estrategia futura: “La Resistencia Vasca se prepara para una nueva fase de gigantescas proporciones. Preparémonos todos para la gran hora que se acerca.”

El contexto revolucionario provocó la llegada de literatura y teoría insurgente, elaborada por los nuevos movimientos de emancipación, que chocaba frontalmente con el modelo de “reconciliación nacional” que preconizaba la Unión Soviética para sus partidos comunistas aliados, también y en particular el español.

El hecho de una fractura en el comunismo internacional y la lectura de Moscú que traspasó los años de la Guerra Fría en la que de la revolución mundial se había circulado a defender y asentar la revolución en un país (URSS), tuvo gran repercusión en Euskal Herria. No tanto por la fuerza del PCE, con apenas unas células clandestinas, sino por lo que de nuevo abría en la gestación de un corpus teórico revolucionario.

De esa manera, los nuevos vientos que traían el argelino Franz Fanon, el vietnamita Ho Chi Minh, el cubano Ché Guevara o incluso Mao Zedong, cuyos trabajos traducidos al francés sobre la victoriosa Revolución china de 1949 comenzaron a divulgarse, contaminaron a los militantes indepen-

dentistas de la década. De forma más profunda que los clásicos marxistas como Lenin o Stalin, referencias, por el contrario, de los grupos de izquierda clandestinos en el Estado español.

Esas influencias tuvieron en Europa dos acontecimientos que marcaron también a la izquierda revolucionaria. El Mayo del 68 francés, con esa fusión entre estudiantes y obreros que provocó la inestabilidad del Gobierno de De Gaulle y la esperanza de una revolución de corte innovador. El segundo acontecimiento fue la llamada Primavera de Praga, también en 1968, un proceso político que enfrentó al socialismo soviético con instituciones y sectores de Checoslovaquia. En agosto de ese año, las tropas soviéticas invadieron el país y frenaron el proceso.

Ni París ni Praga modificaron el panorama independentista vasco, pero sí provocaron algunos seísmos que darían lugar a las dos grandes corrientes escisioncitas en el seno de ETA, la maoísta y la trotskista. Las noticias de ambos acontecimientos llegaban a los exiliados, ya que la censura en el Estado español era férrea. Y los movimientos políticos se darían, en la misma medida, entre los exiliados.

HACIA UNA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

Se ha dicho repetidamente que “Vasconia” de Federico Krutwig o Fernando Sarrailh de Ihartza, que fue el seudónimo utilizado para la firma del libro, supuso la ruptura definitiva de ETA con el abertzalismo histórico, es decir con el PNV. Probablemente “Vasconia” no se hizo acreedor matemáticamente de la afirmación pero sin embargo sí logró sintetizar, en ocasiones exacerbadamente, varios ejes que se rumiaban entre el movimiento abertzale que se desligaba de la línea jeltkide. “Vasconia” fue producto de un sentir generalizado que buscaba una referencia donde asir sus convicciones.

Federico Krutwig, el autor, había ingresado en Euskaltzaindia con 22 años, en 1942. En 1953 con motivo del ingreso del padre Villasante en la Academia, Krutwig fue el encargado de responder el discurso de entrada del novel. Lo hizo con tal apasionamiento que la policía española ordenó su captura. Krutwig marchó al exilio. Fijó su residencia en Essen (Alemania) desde donde volvió a Euskal Herria, estableciéndose en Miarritze en 1960 y creando un movimiento político de efímera vida. En 1961 tomará contacto con los primeros refugiados de ETA.

El libro, con respecto a esa nueva ideología que ETA estaba gestando, aportaba cinco elementos que se convirtieron precisamente en los que más violentamente desencadenaron el debate con el PNV: anticlericalismo, antiimperialismo, responsabilidad directa del PNV en la desidia nacional, euskara como eje de un proyecto nacional, y la lucha armada no como base de la resistencia, sino como vehículo para la liberación nacional. Las ideas contrarias a estos nuevos elementos, eran, precisamente, la base política de la estrategia jeltzale.

Los éxitos en las revoluciones anticolonialistas y trabajos como el de Krutwig provocaron una euforia militante que se tradujo en varios trabajos que tomaron cuerpo en la mitad de la década de 1960. Uno de ellos, proveniente de influencias maoístas, se apoyaba en la teoría de la “guerra prolongada” o “guerra revolucionaria”. Fueron las primeras reflexiones en torno a la creación de una estructura que aguantara la represión.

Tuvieron soporte en el folleto “La insurrección en Euskadi”, una especie de conglomerado en el que entraban todas las experiencias guerrilleras recientes, sacudidas con las perlas que Federico Krutwig había escrito en “Vasconia”. Entre sus aportaciones destapaba la “etapista”, es decir, cada coyuntura necesitaba de una estrategia determinada que, creciendo, alcanzaría finalmente los objetivos. A pesar de las experiencias contrastadas, la primera etapa de ETA era señalada como de “agitación”.

A estas primeras y optimistas lecturas del proceso de liberación les siguieron otras más reposadas. En el trabajo “Hacia una estrategia revolucionaria” (escrito en 1968), aparecía una expresión sumamente clarificadora: “Dentro de ETA, en cursillos por ejemplo, se vivía en un ambiente de insurrección revolucionaria; pero cuando el militante salía de nuevo a la calle, oía que ETA “son éstos que pintan las paredes”. A la etapa insurreccional anterior se le caracterizó como idealista.

En 1965, cuando la influencia de Txabi y José Antonio se dejaba ya notar en el seno de ETA, aún pugnaban tres grandes corrientes entre la militancia. A pesar de las influencias de Krutwig, las tres tenían su origen en experiencias externas. Txabi sería el que, más tarde, marcaría una singular, con un sujeto y un escenario: el Pueblo Trabajador Vasco (PTV) y Euskal Herria.

Estas tres tendencias antes de la elaboración del corpus teórico que marcaría a la izquierda abertzale durante las próximas décadas, tenían que ver con otras tantas corrientes dentro de la izquierda europea, entendida ésta con perspectiva amplia. Los llamados “culturalistas” habían bebido de experien-

cias tan dispares como las producidas en Israel o Finlandia, en la recuperación del hebreo y el suomi. Su impacto social fue extraordinario, aunque no fueran hegemónicos en el seno de la izquierda abertzale. La renovación del euskara, la educación, la literatura... fueron esfuerzos titánicos a los que se sumaron sectores no exclusivamente vinculados a ETA.

La segunda línea, los llamados obreristas, tuvieron su fuente original en el movimiento en fábricas y talleres, dinámico como no lo había sido desde la Segunda República española. Algunas de las huelgas, como la de Bandas de Etxebarri, calaron en el imaginario colectivo vasco de manera formidable. Y abrieron la esperanza a una revolución social, dirigida por una vanguardia sindical o política, en algunos casos, o por los propios protagonistas del trabajo, reunidos en asambleas. El viejo lema católico de “la unión hace la fuerza” o el marxista de “uníos hermanos proletarios”, tuvo un recorrido inicial que, con el tiempo, se fue disgregando en beneficio de intereses partidistas.

Un ejemplo de esta situación estuvo en el nacimiento de las propias Comisiones Obreras, en cuyo seno hubo una pugna por su control que, con los años, se decantó hacia el Partido Comunista. En ETA, la deriva “españolista” de CCOO llevó, ya en la segunda parte de la década de 1970, a la creación de las Comisiones Obreras Abertzales (LAB). En cambio, los militantes que formaron ETA Sexta, de tendencia trotskista, mantuvieron su afiliación sindical en CCOO.

El tercer grupo, mayoritario en 1965, era el llamado “tercermundista”, el mismo que se nutría de las experiencias cercanas, en especial de la argelina, y también de las lejanas, como la cubana o la vietnamita. Era el que consideraba superada la etapa inicial de agitación y abogaba por dar un salto revolucionario, la adopción de la lucha armada como herramienta política para conseguir la liberación.

Y, en esa línea, las primeras teorizaciones para esa nueva etapa, fueron calçadas de las ideas de Mao Zedong, en particular de su obra “las tres etapas de la gran guerra”. La primera, la que ETA hacía suya, era la guerrillera. ETA, intentaba componer, desde el terreno de lo civil, un discurso y una estructura militar, para llegar a la guerra abierta. Su inmadurez e inexperiencia en todo lo relacionado con el enfrentamiento armado generaban algunos de estos textos que seguían siendo excesivamente optimistas.

LA OFICINA POLÍTICA

La deriva de esta última tendencia “tercermundista” estuvo encarnada por “los cabras”, grupo con el que se conoció a los militantes que siguieron al responsable de la rama militar, Javier Zumalde. Los cabras abandonaron expresamente el debate ideológico y se concentraron en su formación militar, bajo un líder, que era el propio Zumalde. Hicieron algunas acciones simbólicas como la “liberación” por unas horas de una población vizcaina, así como la colocación de ikurriñas en cables de alta tensión.

Federico Krutwig fue también teórico de esta opción: “En países que tienen configuración montañosa, pero están industrializados, como el País Vasco, su forma de actuar podrá ser de semimontaña. Es decir, actuar en la montaña, pero encontrar refugio en poblaciones semicontroladas. En estas poblaciones los reductos guerrilleros estarán dados por la inseguridad que tendrán las fuerzas de ocupación al desplazarse de noche”.

No fueron estas las únicas apuestas militaristas. Alguna otra promovía, como ya lo habían hecho infructuosamente los maquis, la ubicación de un grupo inicial en un lugar determinando, para ejercer de foco para implementar la revolución. Al estilo de Fidel Castro y el Ché Guevara en Sierra Maestra. El lugar incluso fue nombrado, la sierra de Aralar. Pero la propuesta no tuvo recorrido alguno, una vez puesta a debate.

Las detenciones de la primera generación de ETA en 1961, los equilibrios con los jóvenes que llegaban al exilio sin más preparación que la de sus ganas de aportar su compromiso a la liberación y la deriva militarista, por irreal, provocaron que, junto a desavenencias de los “culturalistas” que crearon su propio medio de debate y militancia, Branka, la Oficina Política se convirtiera en el eje de la actividad tanto interna como externa.

Y, aunque el grueso de la militancia, legal o en prisión, desconocía el equilibrio entre las tendencias, hubo varios síntomas que animaron el debate. La Oficina Política de ETA manifestó a través de su boletín Zutik, las líneas de su corpus teórico. Que no estaban, como se vería más tarde, en concordancia con el espíritu mayoritario de la militancia.

La primera cuestión era compartida por todos los sectores. A pesar de que aún pasaría una década hasta la desaparición física del dictador, algunos signos de cambio se percibían en la sociedad. Muy tímidos, pero era obvio que a medio plazo serían más profundos. La homologación de España en Europa lo exigiría.

Pero estos cambios que iban a llegar, provocaron dos reacciones diferentes. La Oficina Política sugería que había llegado la hora de convertirse en partido político, aunque eso no era óbice para seguir en la clandestinidad. Su segunda lectura, en línea con los partidos marxistas del Estado, incidía en el proletariado como un ente internacional, contrario a las patrias: “el nacionalismo es contrario a los intereses de la clase trabajadora y está en oposición a las estructuras económicas del mundo occidental en el que de grado o por fuerza estamos incluidos”. La siguiente también fue especialmente mirada con lupa por gran parte de la militancia: los trabajadores han de comprender que entre las clases oprimidas de las naciones capitalistas, la más rigurosa paridad debe presidir las comunes labores revolucionarias”.

ETA había nacido como movimiento y por tanto, su base social y sociológica no estaba por la labor de convertirse en un partido político. Y ETA, cuyo primer y gran objetivo era el de alcanzar la soberanía plena, la independencia, tampoco estaba por la labor de diluirse en un partido o movimiento que abarcase el conjunto de Estado español. Las líneas teóricas de la Oficina Política provocaron un terremoto, especialmente entre los cuadros intermedios que eran los que mejor conocían el equilibrio interno de fuerzas. En este grupo estaba Txabi Etxebarrieta.

Estas ideas, plasmadas en el Zutik 42, fueron rechazadas por parte de la mayoría de la militancia de ETA. Incluso en algunas zonas de Bizkaia fueron destruidos antes del reparto que estaba previsto para centros de trabajo, fiestas populares y círculos estudiantiles.

En el citado folleto “Hacia una estrategia revolucionaria vasca”, se marcan las pautas de esta disidencia: “La estrategia propugnada por los liquidacionistas era una consecuencia del modo como entendían el contenido de la lucha revolucionaria vasca. Sustentaban la tesis falsa de que en Euskadi es sólo el proletariado el oprimido y la burguesía, en general, la clase opresora. De este modo negaban liquidaban todo contenido a la Revolución Vasca, pues si no existe una necesidad objetiva de unión de clases populares, tampoco las características nacionales vascas ni las experiencias históricas de unión de clases poseen significación alguna para la revolución. En este caso ni siquiera el concepto Revolución Vasca tendría sentido, pues la revolución en Euskadi no sería sino una faceta de la revolución española”.

Ante esta situación, los cuadros intermedios lograron concitar apoyos para convocar una asamblea de militantes. La premura y las normas de seguridad provocaron que, ya desde el principio, la participación no sería excesiva, apenas unas decenas, y que el debate era apresurado. Por tanto, la Asam-

blea se realizaría en dos partes. La primera a finales de 1966. Y para ello se abría el turno de ponencias.

LA PRIMERA PARTE DE LA V ASAMBLEA

Entre los símbolos que ha transmitido la memoria colectiva de la izquierda abertzale se encuentra el de la V Asamblea de ETA, cuando se marcó una línea política teórica que, con sus alteraciones coyunturales, ha pervivido al tiempo. La V Asamblea fue referencia poco después frente a los trotskistas de Sexta y entonces, cuando se celebró la primera parte, frente a la línea maoísta que pretendía convertir ETA en un partido político de corte estatal.

Txabi Etxebarrieta fue elegido por unanimidad para dirigir y coordinar la asamblea, lo que ya implica el conocimiento que tenía de su estructura interna con apenas 21 años. Le había llevado casi un par de meses preparar la que era “máximo órgano de expresión interna de ETA”. Las reuniones tuvieron lugar en la iglesia parroquial de Gaztelu (Gipuzkoa) entre el 7 y el 11 de diciembre de 1966. A las mismas asistieron 42 personas exactamente, pero, con la división en marcha, los debates tuvieron a poco más de 30 militantes como protagonistas de los mismos. Únicamente un miembro de la dirección elegida en la IV Asamblea estuvo en ésta, la V, lo que da una idea de la renovación que se había producido en el seno de la organización armada.

Desde el mes de setiembre diversos responsables de algunas áreas de la organización armada habían pasado a Hego Euskal Herria con la intención de preparar la Asamblea y establecer contactos para prever el clima en que se iba a desarrollar. Por otro lado, las tres tendencias que se manifestaban de momento y con más claridad, agudizaron la preparación de la reunión en la confianza de que ETA saldría reforzada de ella.

La participación y elección de delegados se hizo de manera teóricamente representativa (uno por cada diez militantes), pero de cualquier forma varios de los que debían asistir quedaron fuera de la Asamblea por problemas de enlace y coordinación. Por estas razones, varios de los fundadores de ETA permanecieron al margen de la Asamblea, por primera vez en la historia de la organización que ellos vieron nacer.

A la V Asamblea llegaban varias ponencias. La primera de ellas era el “Análisis y crítica del españolismo socialchauvinista”, elaborado por José Antonio

Etxebarrieta en cincuenta folios que serían leídos íntegramente, y en el que se ponían las bases para la crítica a la trayectoria de la Oficina Política. El trabajo sería conocido coloquialmente como Informe Txatarra.

Según José Antonio Etxebarrieta, la Oficina Política conduciría al resto de la organización a un camino exclusivamente reformista, por cuanto centraba la intervención en un análisis sobre el franquismo que, a corto o medio plazo, desembocaría inevitablemente en el abandono de la lucha armada si, como parecía, el Régimen encontraba su repuesto en unas estructuras de democracia burguesa. Euskal Herria debería llevar, en consecuencia, un camino propio, al margen de las organizaciones antifranquistas, para ejercer su liberación.

El llamado Informe Verde, sería otra de las aportaciones a esta primera parte de la Asamblea y que ya había circulado entre significados miembros de la organización para su revisión y consenso. Fue un intento de aunar él las diferentes concepciones con base marxista que se daban entre sus redactores y militantes. Partieron de la posibilidad de que la escisión era evitable.

La Asamblea profundizó en el debate entre diversos equilibrios ideológicos por manifestar oficialmente una sola postura. Los puntos mínimos de estos debates cristalizarían en la ponencia “Posiciones ideológicas aprobadas por la V Asamblea”, que sería definitivamente redactada por Txabi Etxebarrieta.

Estas “Posiciones ideológicas” se difundirían entre toda la militancia y, por lo demás, suponían un avance clarificador sobre la estrategia política que ETA debería abordar para el futuro más cercano. En sus aportaciones se hacía una referencia al “proletariado como la clase más revolucionaria” sin descartar que “la burguesía nacional, sobre todo la pequeña burguesía, que hoy en día colabora con el pueblo trabajador es hoy en su práctica solamente revolucionaria”. Esta concreción de aspectos tan particulares en un comunicado de dos folios respondía a la confluencia de las tendencias que ya se habían manifestado herederas de la historia de ETA.

Por otro lado también cabría destacar el hecho de que la Asamblea delimitó perfectamente el abismo existente entre las líneas de intervención del PNV y ella misma, tras constatar que la formación jeltzale era “un partido superado en los dos aspectos: nacional y social”. Tanto prácticas estatutistas como defensoras de los Conciertos Económicos fueron rechazadas, por entender que ambas eran cabezas pertenecientes a un mismo tronco ligado a intereses contrarios burgueses y españoles a los expresados por ETA.

La antigua Oficina Política sería historia. Haría su camino, presentándose primero como ETA berri, y más adelante como Movimiento Comunista de España (MCE). En ETA, el nuevo Ejecutivo entrante contaría con siete miembros y la nueva Oficina Política con cinco: Txabi Etxebarrieta, Xabier Elorriaga, Patxo Unzueta, Jose Mari Eskubi y Jesús Mari Bilbao.

HACIA EL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL

Después de los intensos debates que conformaron las previas y la misma Asamblea, la nueva Oficina Política se lanzó a socializar el mensaje entre la militancia. Para ello hizo uso de Zutik y fue precisamente Txabi Etxebarrieta quien destacó en marcar pautas y redactar uno de los cuatro artículos del número 44. “El socialismo vasco y el Frente nacional”. El resto llevaban los títulos de “Historia, burguesía y pueblo”, “Nuestra necesidad específica del socialismo” y “Pueblo Trabajador Vasco”.

Era en este último trabajo donde comenzaba a tejerse un sujeto histórico: “Fuertes sectores del pueblo trabajador que van tomando conciencia de las alienaciones a que les somete el imperialismo hispano y la dictadura economicoburguesa, alzan su voz. Se mueven, hacen ver su situación, están oprimidos los que más. Porque el trabajador sabe que si el burgués sufre en carne propia la opresión nacional, él sufre una opresión doble: la nacional y la económica. Al paso que la burguesía va formando las bases para la siguiente carlistada, otros sectores estudiantes y trabajadores populares estrechan los contactos...”.

Este párrafo, de enero de 1967, tuvo una trascendencia extraordinaria en el seno de ETA y la izquierda abertzale. Por vez primera se citaba abiertamente la doble opresión, la “nacional y la económica”, lo que con el lenguaje más pulido equivaldrá a la “nacional y social”. Quien sufre esa opresión es el trabajador. Que pasará a ser, según esa teoría en construcción, el sujeto del proceso de liberación.

Por vez primera, asimismo, ETA realizó un diagnóstico exhaustivo de España, sus aliados y su economía, con especial relevancia en los sectores que apoyaban su proyecto político. En esa etapa de descomposición interna del sistema (crisis económica, corrupción, agotamiento del mensaje...), la represión directa, con la condescendencia de sus aliados exteriores, sería la tabla para sustentar las estructuras del franquismo.

Como desde el final de la guerra civil, el Ejército español, con toda una red de prensa y propaganda, apoyado por la jerarquía de la Iglesia, y las familias de la oligarquía financiera con las de Neguri como más activas, enarbolaba el fantasma de la desmembración de la “nación española” junto a la lucha implacable contra “el comunismo internacional”, para mantener y justificar el estado de cosas.

Este estudio de 1967 será completado en 1978, ya desaparecido Txabi Etxebarrieta, por José Miguel Beñaran Ordeñana, *Argala*, en un nuevo trabajo publicado años después. Bajo el título “ETA frente al Juancarlismo”, la organización vasca explicará las razones de su vigencia: “No podemos aplazar la lucha porque la democracia liberal no representa para nosotros sino un objetivo táctico desde el que proyectarnos hacia la democracia popular vasca. Para ello no nos sirven las organizaciones pacifistas sino que hemos de crear organizaciones de lucha capaces de triunfar sobre el poder de la oligarquía, tanto si éste se ejerce bajo formas dictatoriales, como si lo hace bajo formas liberales. Y las organizaciones de lucha no se crean sino en la lucha misma”.

El texto, al margen del compromiso con la lucha, ponía el acento en el enemigo de clase, la burguesía, reforzando el papel de la clase trabajadora. Y lo paradójico resultaba que en la mayoría de corrientes insurgentes que se habían producido a lo largo del planeta desde el fin de la Segunda Guerra mundial, el hecho de que la clase trabajadora (PTV en el caso vasco) fuese vanguardia revolucionaria, sugería que esa misma clase sería dirigida por un partido, al estilo leninista. ETA mantendría la premisa auspiciada por los hermanos Etxebarrieta, el movimiento de liberación. Y cuando en 1966 y 1970 algunas tendencias internas se decantaron por la conversión en partido, llegará la escisión. La mayoría quedó con ETA, es decir con el movimiento de liberación.

Con los años, el concepto de movimiento de liberación se iría matizando y dándole un carácter eminentemente singular, propio por utilizar un término de ETA. Aún así, sería un concepto dinámico, sujeto a un debate permanente, no tanto por sus objetivos, sino por su estructuración tanto interna como externa. Las coyunturas fueron tan importantes, junto a la represión, que ETA tuvo que reinventarse una y otra vez.

LA SEGUNDA PARTE DE LA V ASAMBLEA

Entre el 21 y 26 de marzo de 1967, desde el martes hasta el domingo, en fechas previas a Semana Santa, 40 delegados de ETA, de los que sólo 18 habían asistido a la primera parte celebrada en diciembre del año anterior, se reunían en la Casa de Ejercicios Espirituales de los jesuitas en Getaria para celebrar la V Asamblea de la organización, en su segunda parte.

Como había sucedido en la reunión de diciembre, Txabi Etxebarrieta fue elegido presidente de la Asamblea. Se presentaron varios trabajos, entre ellos el Informe Verde “revisado”. También serán leídas la Ponencia Ideológica y la Ponencia sobre el Frente Nacional que habían presentado los componentes del grupo conocido como Branka, los llamados “culturalistas”. Fueron minoría en la Asamblea y al fin de la misma decidieron darse de baja en ETA. Aún así, su ponencia fue debatida.

La ponencia de Branka fue especialmente dura con la historia de ETA y fue monopolizada por Federico Krutwig. En el apartado “consideraciones deducibles de la historia de ETA”, el sector citado, afirmaba que “hemos creado una rama militar pero no ha habido actos militares. ETA parece más un grupo que lanza bravuconadas que un grupo revolucionario. Nuestra violencia es puramente verbal”.

La crítica de este sector a la organización no estaba exenta del mismo realismo que originó el nacimiento de ETA: “No podemos aparentar ignorar que las tres cuartas partes de Euskal Herria están desnacionalizadas; que hay una enorme masa de población extranjera difícilmente sensibilizable a lo nacional, que hay fuerzas potentes como la Iglesia Católica, el carlismo español y el izquierdismo español, que se oponen al problema vasco; que hay una gran parte del proletariado vasco bastante aburguesada”.

Y en este análisis, los críticos advertían dos grandes errores en ETA. El primero de ellos dogmático, es decir la aplicación de estrategias a Euskal Herria que como la de Vietnam se habían tornado capaces de salir victoriosas en su lucha contra el colonizador. La segunda de tipo político, al negar la dirección de la organización un estado de cosas como el que relataban: “incapaces de quemar las etapas con hechos, quemamos las etapas con palabras. Incapaces de castigar a Sota (dirigente del PNV), hablamos de guerrillas de monte”. La táctica a seguir, para arreglar este estado de indefiniciones, sería que ETA se convirtiese en el Frente Nacional que abordase las acciones de masas, que aprovechase las posibilidades legales que dejaba el sistema, y que incidiese especialmente en el ámbito cultural.

Por su parte el Informe Verde revisado no era sino el esquema ampliado del análisis sobre la coyuntura política en el que se desarrollan las estrategias de las formaciones y grupos que optaban por el cambio en Euskal Herria. Este informe, que había sido consensuado prácticamente por todo el resto de ETA que no suscribía los análisis del sector de Branka, era también sumamente crítico con la primera historia de la organización abertzale. La época que siguió al asentamiento de ETA era calificada como de “puro activismo para conservar y seguir manteniendo la llama”.

También se criticaba el pretendido carácter social que ETA había manifestado hasta entonces como un izquierdismo irrealista “fruto de nuestra desorientación y de nuestra falta de análisis, confundiendo nuestros deseos con la realidad”. La crítica estaba referida a aquel párrafo de la IV Asamblea donde se afirmaba que “con respecto a la conciencia política de las masas hemos podido comprobar que éstas han entrado a formar parte de la lucha políticossocial”.

Las manifestaciones de masas, para los redactores del Informe Verde, no habían tenido carácter social. De haber existido algún color en las movilizaciones, éste había sido el referente a la movilización nacional. “No basta una conciencia de clase, no basta una conciencia nacional, es necesaria una conciencia de clase nacional, puesto que sufrimos tanto las estructuras capitalistas como las imperialistas”.

El apartado sobre la elaboración de una teoría revolucionaria fue el que suscitó mayor interés. Se formó un Comité Ideológico que en unas horas elaboró para devolver a la Asamblea los puntos que compondrán la teoría revolucionaria. El texto, elaborado como un cuestionario en el que la organización armada respondía extensamente a preguntas tales como ¿qué es el nacionalismo revolucionario? o ¿quiénes forman parte del Pueblo Vasco?, tenía un título sumamente definitorio: “ETA es un Movimiento Socialista Vasco de Liberación Nacional”.

En cuanto al tercero de los apartados a debate en la Asamblea, el de la estrategia, una vez finalizado el análisis de la teoría revolucionaria, se formarán cinco comisiones, que desarrollarán independientemente sus propias conclusiones. El pleno refundiría todas ellas, dejando en manos del Comité Ejecutivo su elaboración final. Las aportaciones finales, plasmadas ya en muchos de los trabajos previos de Federico Krutwig, no ofrecieron grandes alteraciones con respecto a las anunciadas en la primera parte de la Asamblea.

El proceso revolucionario vasco necesitaba de cuatro frentes para su desarrollo: el cultural, el político, el militar y el socioeconómico. Y, dentro del político, ETA señalaba que el Frente Nacional vasco era el más interesante bajo un programa que englobaría: independencia política para Euskal Herria, unidad nacional (Norte y Sur) y euskaldunización del país.

A pesar de que la primera parte de la Asamblea celebrada unos meses antes ya había elegido nueva dirección, esta vez los reunidos volvieron a designar a su nuevo Comité Ejecutivo. Entre ellos, algunos históricos como Xabier Bareño, Julen Madariaga, Juanjo Extabe y Federico Krutwig, pero también nuevos aires, entre ellos el de Txabi Etxebarrieta y Jokin Gorostidi, el primero con 22 años, el segundo con 26.

La V Asamblea se cerraba definitivamente con la hegemonía de una de las tres tendencias que en la primera parte parecían adivinarse; con la victoria de una tendencia, por mayoría natural en las reuniones y por autoexclusión de las fuerzas que quedaban en minoría. La tarea política a desarrollar, después de los reajustes, quedaba perfectamente delimitada.

ETA BAI

Hay una paradoja permanente en el proceso de liberación. Una paradoja que se manifiesta paralelamente a las críticas de la izquierda abertzale hacia las decisiones y alianzas que toma la derecha vasca, el PNV. El proceso de liberación necesita de mayorías para su ejecución, en cualquiera de las teorías posibles, descartada desde sus inicios la insurrección de una minoría que a través de un golpe de Estado o de efecto pudiera tomar el poder.

En esta gran paradoja, los proyectos de lograr un Frente Nacional, como apuntaba Branka, u otros como el posterior de Txiberta en 1977 para acudir las fuerzas abertzales en conjunto frente a la Reforma del sistema, fracasaron uno tras otro. En el término medio, y como centro de reflexión para avanzar en un proceso integral, Txabi Etxebarrieta y sus compañeros, diseñaron una campaña a la que llamaron Batasuna. Utilizaron como punto de partida el Zutik 47, de setiembre de 1967.

Tanto la campaña Batasuna, cuyo máximo exponente fue el intento de celebración de un día reivindicativo en torno a esta concepción en las campas de Urbia, como la bautizada “BAI” (batasuna, askatasuna, indarra), si bien fueron apoyadas e impulsadas desde dentro de la organización, habían sido concebi-

das por personas ajenas a ETA, en un intento de sentar las bases para el frente común nacional que recogiese las estructuras de diversas formaciones vascas.

ETA había salido de la V Asamblea señalando que no hacía ascos a la posibilidad de cualquier entendimiento global y coyuntural con diversas fuerzas, ya fuera en el aspecto nacional como en el obrero como en el antifranquista. Pero también había matizado que, de producirse un encuentro organizativo, éste lo sería probablemente en torno al proyecto del frente abertzale.

Obviamente esta idea encontraba mayores apoyos en unos u otros miembros de la organización armada, teniendo en cuenta que, a pesar de no haberlo manifestado públicamente, un sector importante estaba por una labor que dos años después generaría una nueva escisión. Sin embargo ambas campañas, que nunca se diferenciaron en exceso y que incluso sirvieron para que sectores ajenos a la organización definieran a ésta con el apellido “BAI” (“ETA BAI”), para diferenciarla fundamentalmente de “ETA berri”, el grupo maoísta que se había escindido en la primera parte de la V Asamblea.

Las dudas iniciales serían rápidamente superadas por cuanto desde ETA se dejaron claros algunos aspectos. Si ETA estaba manifestando su intención de marchar en compañía con un sector importante del nacionalismo, no lo era porque las diferencias entre la dirección jeltzale y la propia organización armada vasca hubieran comenzado a superarse sino porque una gran mayoría silenciosa “muda, que puede recobrar la voz”, respiraba más de sentimientos abertzales que de consignas partidarias. Y ahí ETA tenía mucho que ver y que expresar.

Fue precisamente este doble aspecto, el de que la convocatoria partiese de gentes ajenas a la organización armada y el de que algunos sectores nacionalistas viesan con simpatía la iniciativa, el que abrió temores por su propio espacio político a los sectores dirigentes del PNV. Desde esta formación política se hizo, de nuevo, dejación de la propuesta unitaria, lanzando los calificativos habituales contra ETA, con una nueva aportación: “la campaña está dirigida a robarnos militantes”.

El diseño por parte de ETA de la campaña Batasuna era tan simple como atractivo para la mayoría de la población abertzale. Pero con una diferencia fundamental con respecto a estos últimos. ETA no deseaba una estructura partidaria sino una unión de individualidades, en la certeza de que los proyectos políticos en el campo abertzale eran, de momento, divergentes. De ahí el temor de otras formaciones al trasvase de militantes.

Y en este sentido ETA iba a ser de una claridad meridiana, en uno de los aspectos más duramente atacados desde la derecha vasca: “Nosotros estamos orgullosos de ser vascos y estamos orgullosos de ser socialistas. Nosotros creemos, como ya lo hemos dicho, que el hombre vasco sólo será verdaderamente libre en una Euskadi libre y socialista (...) Nosotros no imponemos nuestro socialismo a ningún abertzale. ETA es una organización abertzale y socialista. ETA está a favor del Batasun Eguna, de la unidad vasca por la liberación nacional y a favor de una Euskadi socialista. Dentro de ETA siempre ha cabido todo el que se ha sentido abertzale. Hemos tenido y seguimos teniendo en ETA abertzales no socialistas que están en ETA porque consideran que, hoy por hoy, es la organización más activa y eficaz. A ninguno de ellos se le ha expulsado por no ser socialista. En la historia de ETA sólo ha habido expulsiones por una causa: por españolismo”.

O SE HACE LA POLÍTICA DEL OPRIMIDO, O SE HACE LA DEL OPRESOR

ETA consideraba totalmente imprescindible para el desarrollo de su estrategia el que ésta fuera conocida por la población vasca. Será precisamente el número 48 de Zutik el de mayor tirada en la historia de la organización, con 20.000 ejemplares en la calle, a pesar de que la confección, la distribución y el reparto se debían efectuar en la más estricta clandestinidad. La confección de la revista se hacía con una máquina de escribir (la Policía siempre requisaba las máquinas de escribir de los militantes detenidos) y el documento luego era impreso a multcopista.

La represión durante estos meses, como en épocas precedentes, abarcaba todas las áreas de la sociedad vasca que mostraban cualquier tipo de disidencia con respecto al modelo impuesto desde Madrid. La ikastola recién creada en Markina fue cerrada por orden del gobernador civil de Bizkaia, después de que el 28 de febrero de 1968 apareciese un artículo en la Hoja del Lunes de Bilbo afirmando que la escuela vasca era un lugar para la enseñanza de “la doctrina separatista”.

En los dos primeros meses 1968 se desarrollaron varios procesos contra manifestantes vascos que habían sido detenidos en las protestas del Primero de Mayo del año anterior. Algunas de las acusaciones, que llevaron a los jueces a dictar sentencias de hasta dos años de cárcel, lo fueron por “insultos a la autoridad”. En marzo, los métodos represivos se hicieron más expeditivos, ya que la Policía comenzó a embargar los bienes de la gente que prefería

pasar por prisión antes que pagar una multa. El impago de las multas se había convertido en un acto resistente cuya máxima expresión había sido el encarcelamiento de 40 jóvenes de Bermeo que se negaban al pago de las sanciones.

Asumido ya el principio de la vía de las requisas a entidades financieras, el siguiente paso novedoso fue la campaña contra el diario *El Correo Español* de Bilbo, propiedad de la familia Ibarra, combatiente del lado franquista durante la guerra civil. Esta intervención contra la prensa del Régimen, especialmente beligerante en todo lo relacionado con ETA, fue secundada por PNV y EGI.

El 13 de marzo de 1968 una bomba hizo explosión en las instalaciones de *El Correo Español* en Bilbo, causando importantes desperfectos en la rotativa y en los garajes de la publicación. ETA explicó que la bomba fue como represalia a las intoxicaciones sobre unas recientes detenciones de varios de los dirigentes de la organización armada que habían participado en la V Asamblea. En esa ocasión, *El Correo Español* había afirmado que los detenidos pertenecían a una “banda de atracadores”.

Así mismo ETA hizo una relación extensa de las fantasías intencionadas del diario en las últimas semanas: “un viandante sujetó el coche de los atracadores de Arechavaleta por el parachoques para que no se escaparan”, “La dirección de ETA está en manos de un nazi que estudió terrorismo en la embajada de China Comunista en Argel”, “dada la contextura enfermiza del detenido Sabino Arana Bilbao, fue interrogado con consideración”... Se da la circunstancia de que las torturas sufridas por Sabin Arana hicieron que el militante de ETA quedase en un estado físico tan lamentable que incluso algunos de sus compañeros no lograron reconocerle posteriormente en prisión.

A final de marzo, ETA aceleraba el boicot contra *El Correo Español*. Coincidiendo con la campaña, la organización volaba en Eibar una de las furgonetas de reparto del periódico. Antonio Barrena, director de *El Correo* pidió inmediatamente protección policial. También lo hizo la familia Ibarra, propietaria de la cabecera editorial, cuyas viviendas en Neguri serían protegidas permanentemente por miembros de la Policía Armada.

Días después, una bomba hacía explosión en Urbasa, momentos antes de que los corredores que disputaban la XV etapa de la Vuelta Ciclista a España llegasen al lugar de la detonación. El kilómetro 57 de la carretera que conduce a Iruñea fue el límite que la Guardia Civil puso a los corredores para seguir. Un poco más abajo la carretera estaba cortada por los efectos de la ex-

plosión, lo que por fuerza hizo suspender la etapa. Las claves de la explosión se hicieron evidentes para la mayoría de la población vasca: la organización y patrocinio oficial de la Vuelta a España corría a cargo de El Correo Español, mientras que su recorrido cruza tierras vascas.

Pero lo que sí va a suponer una sorpresa para la mayoría de quienes seguían de cerca la situación vasca fue el dato de que la explosión con dinamita había sido provocada por un grupo de miembros de las juventudes del PNV, Eusko Gaztedi. ETA había sembrado de tachuelas decenas de pasos de la Vuelta por Euskadi, pero no había sido la autora del atentado, a pesar de que la prensa así lo anunciara. EGI reivindicaba, al día siguiente, la acción: “Como epílogo al boicot decretado por el Partido Nacionalista Vasco contra el periódico El Correo EspañolEl Pueblo Vasco, organizador de la Vuelta a España, un comando de EGI hizo explotar una potente carga de dinamita bajo un puente, en Urbasa, a unos 65 kilómetros de Pamplona”.

ETA analizará extensamente esta acción, novedosa donde las haya, acertando de pleno sobre las expectativas que se habían creado en torno a ella: “El PNV es un movimiento controlado por la burguesía y a la burguesía no le interesan cambios, aunque sean con el premio que sean. Pueden lanzar a EGI a acciones vistosas, pero no podrían mantener el tren. Será etapa corta”. Efectivamente, la desgracia se cebó en la organización juvenil y a dos de sus miembros les habría de explotar una bomba que manipulaban el Aberri Eguna de 1969. Con estas muertes terminaría el activismo armado de EGI.

La campaña de ETA contra El Correo Español sirvió para que el propio Txabi Etxebarrieta, en la reivindicación de los atentados contra el diario, explicase el alcance de la acción, en un documento de su puño y letra, firmado por ETA y con el título de Manifiesto. Decía Txabi: “las crónicas del Sr. Barrena sobre ETA en su periódico, aparecidas por cierto sin firma, en que la mentira se ha unido a la sucia ventaja de saber que el contrario no puede contestar, a menos que sea poniendo una bomba, como así lo hicimos”.

Pero este documento de Txabi Etxebarrieta va a tener un significado diferente al que su autor le quería imprimir. No por la caracterización de la coyuntura o el análisis sobre las torturas que el mismo Txabi hacía, sino porque al comentar el papel que la Policía jugaba en defensa del sistema y el Estado español añadía: “Para nadie es un secreto que difícilmente saldremos de 1968 sin algún muerto”.

Txabi, en este documento premonitorio, aparecido poco antes del Aberri Eguna, manifestaría la dureza del combate que se avecinaba Es extenso,

pero merece la pena rescatarlo: “Hemos de ver con claridad los inconvenientes de nuestra voluntad revolucionaria. Si seguimos actuando, habrá caídas y miembros de la Organización irán a la cárcel porque la Policía cuenta con enormes medios para combatirnos. No se puede actuar sin riesgo de caída. Las organizaciones que no tienen caídas son como las que no actúan, que es tanto como decir que no existen, ya que una organización es lo que hace. Si no se hace nada, no se cae, pero tampoco se avanza; antes al contrario, se engaña la confianza del pueblo. Por eso a todo aspirante a militante de ETA se le advierte seriamente que se puede caer, porque de hecho se ve claramente que cada vez serán más difíciles las condiciones de la lucha. Responde a una forma política infantil querer encontrar métodos de trabajo revolucionarios que no acarreen riesgos. Es evidente que debemos tender mediante la clandestinidad y la disciplina a disminuir tales riesgos, pero lo que afirmamos categóricamente es que hoy, ahora, aquí, el que quiere hacer algo por la liberación del Pueblo Vasco no tiene más remedio que arriesgarse. Y aquél que no quiera arriesgarse a nada es que nada quiere hacer por su pueblo y, por tanto, está apoyando al opresor. Nadie está al margen de la política: o se hace la política del oprimido o se hace la política del opresor, aunque sea pasivamente”.

EL GRAN SALTO

Casi diez años después del nacimiento de ETA se produciría previsiblemente un salto, fruto de las transformaciones ideológicas y tácticas que hacían de la IV Asamblea papel mojado según las conclusiones de la V. El tiempo, además, confirmaría que la metamorfosis no se produjo exclusivamente en el terreno de las ideas, como parecía haber sido en la época inmediatamente anterior, sino también en la praxis.

Fue debido a este desfase manifiesto que la organización armada decidió concretar, en la medida de lo posible, multitud de detalles y niveles de actuación que se escapaban de las decisiones de gran altura, para presentar a la población vasca, o al menos al sector de ella más cercano a ETA, la nueva etapa que se avecinaba. El actuar como un movimiento de liberación nacional que no excluía la violencia como forma de intervención política exigía, en primer lugar, un repaso a la estructura organizativa para que ésta no hiciese aguas ante las primeras adversidades represivas, y en segundo, el poner en funcionamiento toda una red de militantes destinada a hacer efectiva la resolución de llevar adelante una lucha armada prolongada.

José Antonio Etxebarrieta, el hermano de Txabi y autor del Informe Txarra en la primera parte de la V Asamblea, fue el encargado de elaborar algunos de estos principios teóricos que presentasen la organización en sus aspectos más inmediatos. El producto de la reflexión de Etxebarrieta fue Zutik número 48, que vería la luz en enero de 1968 después de haber sufrido durante los meses anteriores la discusión y el debate interno sobre su contenido. El título de la revista era bien significativo: “¿Qué hacemos? ¿Por qué lo hacemos? ¿Qué tenemos que hacer? ¿Por qué lo tenemos que hacer?”.

Y, como introducción a este análisis, ETA recalcará que en la “unidad ideológica” se encuentra la efectividad política, pero sin los esquematismos que habían caracterizado a muchas de las corrientes sociales tanto vascas como estatales en la época precedente ya que, para la organización armada, la función del militante no era tanto sustentar la formación o el partido respectivo, sino ser enlace entre el pueblo y la propia organización. “Si la organización se aísla del pueblo es como un ciego que anda a tientas; si el pueblo no consigue mantener una organización que lo oriente y que lo organice, sólo será capaz de protestas aisladas, pero no podrá realizar la revolución en contra de un enemigo entrenado y organizado”.

“Nosotros dirá ETA en este trabajo solamente somos un núcleo concienciado del pueblo, nacido de él y en él. Nuestra tarea es una y sólo una: dar conciencia al pueblo de sus necesidades, enseñarle quiénes son sus enemigos, para que él haga su revolución. No se trata de ninguna manera de que el pueblo tenga que hacer lo que decidan unos pocos (por muy entregados y capaces que sean) sino que sea el pueblo mismo el que, al comprender cuáles son sus verdaderas necesidades y cuál es el camino para remediarlas, realice la revolución socialista vasca. Nuestra tarea es bien clara: formar al pueblo, enseñarle a que vea por sus propios ojos sin dejar que la oligarquía capitalista lo engañe con su propaganda y sus sobornos, indicarle, también, los caminos sin salida para que no se meta en ellos”.

Este arraigo popular que ETA consideraba como absolutamente necesario para su desarrollo como organización tuvo su plasmación práctica en una serie de directrices que la dirección hizo llegar a la militancia, una infraestructura adecuada para llevar adelante los actos inmediatamente previstos. “La organización tiene muchas necesidades. Necesidades de muchas clases, no solamente económicas. Los militantes necesitan casas donde poder dormir, lugares donde poder reunirse, abertzales que colaboren económicamente, abertzales que puedan informar sobre obtención de coches, etc, abertzales que tengan conocimientos técnicos especializados: relojeros, cerrajeros, contrabandistas, carroceros, mineros, etc.”.

Estas fueron precisamente las bases para un nuevo prototipo de militante y éste el salto cualitativo que ETA dio a partir de su V Asamblea. La actividad de cada miembro de ETA no podía ser aislada ni voluntariosa como hasta entonces, sino fruto de una concepción más global, que en base a la disciplina y a la planificación política y a través de lo que José Antonio Etxebarrieta denominaba como “técnica propia”, desembocase en situaciones que ayudasen al proceso de liberación.

Esta “autosuficiencia”, que en realidad significaba elegir Euskal Herria como único marco para realizar la revolución socialista, “aumenta dice ETA nuestra responsabilidad y también nos ahorra falsas ilusiones. Ya no estamos esperando que bajen arcángeles del cielo o apoyos extranjeros a sacarnos las castañas del fuego, por lo buenos o guapos que somos. Nos tenemos que apretar el cinturón y enfrentarnos cara a cara con los hechos, sin esperanzas inútiles y sin tener que aguantar lo que los otros van a hacer”.

Y a pesar de que los tiempos estaban generando un sentimiento popular comedido de que al Régimen le queda poco tiempo en su existencia, a lo sumo algunos años, ETA va a ser, en este aspecto, tremendamente prudente, y en cierta medida, contraria a esa creencia, probablemente por el análisis de que la contienda será prolongada. Esta descripción, que hasta entonces no había sido siquiera aventurada en sus directrices, tenía que ver con el hecho de que al menos algunos de los dirigentes de ETA eran plenamente conscientes del salto que la organización se prestaba a efectuar.

“Nos hallamos en una posición totalmente particular anotaba Etxebarrieta, estamos rodeados de enemigos y no hay ninguna fuerza interesada en apoyarnos. Incluso algunos, que puedan creer en que algunos movimientos de izquierda puedan ayudarnos, no deben olvidar que estas fuerzas están mucho más interesadas en colocar a amigos suyos en Madrid y París, y aun en el caso más favorable no pasarían de ayudas morales. Nosotros somos los kurdos de Europa, con el inmenso lastre de la industria y la Banca capitalistas, y sin la inmensa ayuda de sus montañas”.

Y esta concepción de enfrentamiento a largo plazo, justificable además para poder entender que, a pesar de la fuerte represión y las detenciones constantes de dirigentes y militantes cualificados, la organización sobrevive permanentemente, tiene mucho que ver, de nuevo, con el sujeto de los cambios y la lucha: el pueblo vasco. ETA lo confirmaba: “Del pueblo surgen dirigentes militares (recordemos en 1936 el caso de Belderrain y de decenas de otros hombres como él; recordemos en Vietnam a Giap, el vencedor de Dien Bien Fu; recordemos en Israel a Beguin); políticos (Fanon, que era médico; Lu-

mumba, que era maestro; Dolores Ibarri, esposa de un minero; Ben Gurion, agricultor; Khider asesinado en Madrid era tranviario, etc.); ecónomos (recordemos a un médico, Che Guevara, dirigiendo el Banco Nacional de Cuba); hombres que el sistema dominante no hubiese dejado ascender y que la dinámica misma de la lucha ha permitido que desarrollen sus capacidades y sus inteligencias”.

PUNTO Y APARTE

La desaparición física de Txabi Etxebarrieta en junio de 1968 marcó un punto y aparte tanto en la definición de la organización, como en su praxis. También como un hilo conductor de un conflicto que continuaba. Para ETA, según lo reflejaría en Zutik número 50, el jeltzale Txomin Letamendi, muerto por la Policía en 1950 como consecuencia de las torturas sufridas en comisaría, era el último resistente muerto y Txabi el “primer revolucionario asesinado”. Un trágico y doloroso puente generacional.

1968, el año que Txabi y ETA presagiaban como el del gran salto, había iniciado el deshoje de su calendario con unas declaraciones del inspector jefe de la Policía de Bilbo, en las que afirmaba que había comenzado una guerra caliente contra ETA. Poco después la prensa madrileña apuntaba en la misma línea: “toda violencia debe acompañarse de una justa represión” o “si la escala de los mecanismos que la democracia pretende tener en exclusividad comprende el asesinato, entonces somos partidarios de la más firme dictadura”.

La represión saltó todas las barreras y la tortura se extendió a todos los detenidos. Centenares de personas fueron objeto de detención y malos tratos. Sabin Arana salió de comisaría en camilla y sin varias de las uñas de las manos. Xabier Bareño sufrió rotura de un tímpano y uno de los detenidos en Gasteiz perdería posteriormente la visión de un ojo como consecuencia del paso por las dependencias policiales.

Paralelamente, José María Junquera, jefe de la Policía de Bilbo, ofrecía unas estruendosas declaraciones en rueda de prensa: “ha comenzado la guerra caliente contra la ETA (...) El cuartel general de ETA se halla en un lugar del Sur de Francia (...) La ETA está dirigida por un antiguo oficial alemán que ha seguido cursos de terrorismo en Argel durante año y medio”. Cuando en agosto de ese año ETA mate a Manzanos, en Gipuzkoa, un comando inten-

tó hacer lo propio con Junquera. Falló en el intento porque el comisario se hallaba de viaje.

Los pasos por comisaría eran un sufrimiento de tortura asegurado. Y tan obvio lo era que a final de marzo dos obispos vascos ejerciendo en diócesis alejadas del Estado español, junto al abad de los benedictinos de Lazkao, enviaron una carta contra las torturas, por medio del notario donostiarra Miguel Castells (padre del luego conocido abogado), a los gobernadores civil y militar de Gipuzkoa y al Teniente Coronel jefe de la 551 Comandancia de la Guardia Civil de Donostia.

La carta de los clérigos, que produciría un acoso continuo hacia la persona del único de los firmantes con domicilio accesible para la policía española (el abad de Lazkao) recordaba las palabras del Concilio Vaticano II y del papa Pío XII sobre la reprobación de la tortura, a la vez que sentenciaba: “caiga, pues, nuestro anatema sobre tales prácticas y cesen ya de emplearlas sus autores en nombre de Dios, a quien ofenden, y de la Iglesia, que las reprueba”.

El despliegue policial elevó a tres los enfrentamientos a tiros con la Policía: en Eibar y en Bilbo (en la Gran Vía y en la calle Labairu). En todas las ocasiones los miembros de ETA que participaron en los tiroteos lograrían fugarse. Con respecto al de la Gran Vía bilbaína, la presencia policial se hizo, en las horas siguientes, exhaustiva. Pero sin resultados policiales aparentes, como no fuera la detención de un nuevo religioso, el jesuita Agirrezabal, a quien el propio Junquera invitó a escaparse y así aplicarle la Ley de Fugas, con lo que sería según el comisario “el primer mártir del clero vasco”.

En estas emboscadas, el principal objetivo policial era Txabi Etxebarrieta de quien, a través de las torturas, habían conocido su relevancia en el seno de ETA. Ya, el 7 de noviembre Txabi se había escapado de un garaje de Derio, donde le esperaba la Policía, entre una lluvia de balas. Desde Bilbo mandaron las disposiciones pertinentes a Iruñea para establecer un servicio especial de vigilancia y cierre de las fronteras con Ipar Euskal Herrria.

Esa noche era detenida en un control Kristiane Etxaluz, encerrándola en una bajera de Zugarramurdi sin ninguna acusación concreta. Y la Guardia Civil se desplegó por la zona, en la creencia de que Txabi Etxebarrieta pasaría esa noche la muga, en su fuga de Derio. De madrugada, un joven de 17 años vecino de Zugarramurdi, Miguel Iturbe Elizalde, circulaba por unos prados de la parte alta de la población navarra. La Guardia Civil que vigilaba la frontera disparó varias ráfagas de metralleta que causaron la muerte de Iturbe. Al descubrir su “error”, los policías le colocaron una pistola y anun-

ciaron que se había producido un enfrentamiento a resultas del cual murió el joven Iturbe. Pero la evidencia y el conocimiento del fallecido en toda la zona hizo que el Gobierno Civil diese a la luz una segunda nota en la que se afirmaba que el muerto lo fue “cuando se dedicaba al contrabando y al intentar huir”, obviando la tesis primera del enfrentamiento.

El 14 de abril de 1968, Aberri Eguna, celebrado unitariamente por todas las fuerzas vascas en Donostia a pesar de que la convocatoria había partido desde el PNV sin consultar con ninguna otra formación, vino a recoger la doble experiencia masiva del año anterior en Iruñea. Por un lado, la participación popular que superó las previsiones previas y, por otro, la represión. Casi trescientas personas serían detenidas.

El Primero de Mayo fue también testigo de la represión. Cada acto, cada concentración que se celebraba en Euskadi se convertía en una manifestación de exhibición y poderío represivo que echaba por tierra cualquier esperanza de enfriamiento tal y como lo había manifestado recientemente el jefe de la Policía bilbaina. Sólo la víspera de la jornada de reivindicación obrera se registraron en Bilbo 120 detenciones.

EL LEGADO

El 2 de junio de 1968, cinco días antes de su muerte, Txabi participó en la última reunión del Biltzar Tipia de ETA. Tuvo lugar en Ondarroa. Asistieron también Mariasun Goenaga, Jose Mari Eskubi, Unai Dorronsoro, Xabier Larrena, Jokin Gorostidi y Eduardo Uriarte. Xabier Izko sustituiría a Txabi, tras su desaparición.

Txabi Etxebarrieta murió un 7 de junio de 1968. Los funerales fueron una muestra de solidaridad y movilización por parte de la población vasca. En la abarrotada iglesia bilbaina de San Anton, miles de personas siguieron los actos religiosos bajo un retrato del fallecido y el oficio del párroco Claudio Gallastegi. A la salida la Guardia Civil cargó con la violencia habitual, mientras los asistentes salían del acto cantando “Gu gera Euskadiko”, originándose una auténtica batalla campal. Treinta personas, entre ellas cuatro sacerdotes y dos seminaristas, fueron detenidas.

En Donostia, los funerales por Txabi se celebraron en la iglesia de los Jesuitas. En el sermón el padre Patxi Altuna afirmó que “si la violencia en sí es

condenable, no lo es en el caso de una tiranía despótica y prolongada que atenta, en sus principios y en sus obras, contra los derechos humanos”. A la salida se formó una manifestación que quemó ejemplares de La Voz de España y volcó un camión de Televisión Española. La Policía, que ya había cargado contra los manifestantes, practicó varias detenciones.

Tres meses después de la muerte de Txabi, ETA concedería la primera entrevista de su dilatada historia. En la entrevista, concedida a Enbata, la organización armada vasca hacía un pequeño repaso a su propia historia, definiendo su nacimiento en 1958 como “nueva fuerza que no reconoce el Gobierno Vasco en el exilio ni es reconocida por él”. A la pregunta de si los capitalistas instalados en Euskadi eran enemigos de ETA, la respuesta fue indicativa de la transformación ideológica que se había realizado entre la militancia abertzale con su V Asamblea.

Este fue el texto: “ETA no define el ser vasco según criterios de nacimiento. Ser vasco es vivir en vasco, es decir defender la cultura y el pueblo vasco. Considerando esto, nos encontramos con capitalistas de origen vasco que hablan euskera y que en el 36 se posicionaron con las fuerzas reaccionarias que tomaron partido contra el pueblo vasco. Son los mismos que ocupan los puestos de dirección en el Estado español y que practican un genocidio en Euskadi Sur. Llevados por sus intereses económicos, han traído una mano de obra de 300.000 obreros extranjeros y con ello se han hecho con una mano de obra barata para mejorar los beneficios de sus empresas”.

En la entrevista a Enbata aparecieron también las conclusiones del debate que se produjo con toda su intensidad en la V Asamblea, el legado que, particularmente, dejaba Txabi Etxebarrieta. Con una lectura territorial que, 50 años después, tiene una vigencia natural: “ETA no pretende trasplantar a Euskadi Norte las condiciones de Euskadi Sur. En Euzkadi Norte nuestro pueblo es agricultor y pobre y nuestro enemigo es una democracia burguesa. Así pues estas condiciones no pueden ser comparables con las de Euskadi Sur. Sin embargo, paralelamente, las condiciones de lucha son también muy diferentes entre Eibar, industrializada y euskaldun, y Tudela, agrícola y erdeldun”.

Lengua, soberanía plena, socialismo... y territorio. Los legados de los hermanos Etxebarrieta y de centenares de hombres y mujeres de su generación que creyeron y lucharon por una Euskal Herria libre. Ellas y ellos nos trajeron hasta el presente.

Iñaki Egaña

